MADRES DE HOMBRES CÉLEBRES

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

MADRES

DE

HOMBRES CÉLEBRES

CON RETRATO Y BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE ALFREDO ALONSO
Calle del Soldado, núm. 8
1895

Es propiedad de la autora. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE EL LIBRO

Capítulos	*Páginas*
Biografía	7
Prólogo	15
I.—La madre de Chateaubriand	21
II.—La madre de Constantino	39
III.—La madre de Rafael	53
IV.—La madre de San Fernando	63
V.—La madre de Coriolano	71
VI. La madre del Rey de Portugal	87
VII.—La madre de Washington	101
VIII.—La madre de Napoleón	117
IX. - La madre de Schiller y la madre de Goethe	127
X.—La madre de San Luis	135
XI.—La madre de Pietro Cossa	143
XII.—La madre de Fernando el Emplazado	153
XIII. - La madre de los Gracos y la madre de Nerón.	175
XIV.—La madre de Lord Byron y la madre de Lamartine	183

Concepción Gimeno de Flaquer.

BIOGRAFÍA

LA CANTORA DE LA MUJER

GRATO nos es tomar la pluma, que fácil y ligera corre sobre las cuartillas cuando se trata de tributar merecida alabanza al talento y la virtud, encarnados en una dama, distinguida en el mundo social como en el mundo literario, simpática por sus prendas personales y por el sexo á que pertenece, notable por la alteza y el vigor de su entendimiento. Tal nos acontece hoy con la Sra. D.ª Concepción Gimeno de Flaquer, ilustrada autora de aplaudidos libros, cuya semblanza literaria nos ha caído en suerte trazar á grandes rasgos.

Contra nuestra voluntad seremos parcos, por no herir la susceptible modestia de tan culta literata.

Desde sus más tiernos años, Concepción Gimeno de Flaquer mostró tan decidida afición como excelentes aptitudes para el cultivo de las letras, dando al propio tiempo pruebas de una elevada y clara inteligencia, de una exquisita y sutil penetración, al asimilarse con prodigiosa facilidad cuantas materias eran á su examen sometidas. Ya en los albores de su literaria educación sentía hervir en la mente nobles ambiciones de gloria y en el cerebro tempestades de ideas, que en copioso raudal pugnaban por trasmitirse generosamente á los demás cerebros, utilizando para ello ese vehículo civilizador llamado IMPRENTA. Presentada en doctos círculos de la Corte, lo discreto de su conversación, lo ameno de su trato, la facilidad y elegancia prematura de su estilo, formando un contraste encantador con lo aniñado de su figura, lo armonioso de su acento y lo temprano de su edad, no tardaron en abrirle las puertas de muchas redacciones, en cuyos periódicos colaboró, ciñendo á su frente juvenil los primeros laureles.

Estos triunfos, no obstante, cesaron bien pronto de halagar y satisfacer al ambicioso genio que, semejante á un titán encadenado entre las paredes

del cerebro de nuestra autora, con creciente inquietud se revolvía. Como todos los talentos sólidos, Concepción Gimeno de Flaquer había nacido pensadora; como todos los espíritus generosos, anhelaba reformar y corregir en lo posible imperfecciones sociales, injusticias de los hombres hacia el sexo á que pertenecía, y flaquezas de este último. Impulsada por tales sentimientos, quiso poseer un periódico de su propiedad, y fundó *La Ilustración de la Mujer*, título que envuelve su programa. Esta publicación, durante algunos años dirigida por nuestra autora, defendió valientemente los derechos del llamada sexo débil, incitándolo al cumplimiento de sus deberes, atacando con tal habilidad como energía, no solo sus flaquezas sino también las preocupaciones fútiles de los hombres acerca de la mujer, y de la nulidad intelectual á que sin razón se le condena.

Alternando con las tareas periodísticas los vuelos de su lozana y bullidora fantasía, la discreta literata escribió y publicó entonces su *Victorina ó heroismo del corazón*, interesante novela de costumbres en dos tomos, impregnada de sublimes sentimientos, notable por la brillantez del estilo, por la correcta elegancia del lenguaje, y cuya edición se agotó rápidamente. A esta novela siguie-

ron más tarde la titulada *El Doctor alemán*, obra transcendental, en que el sentimiento vence al ateismo, otra aún no dada á luz por su editor, cuyo título sentimos no recordar, *¡Culpa ó expiación!, Maura y Sofía.*

Antes de *El Doctor alemán*, escribió *La Mujer española*, libro doctrinario, valiente, erudito y ameno, reformador y moral á un tiempo, cuya publicación fué en la Corte un acontecimiento literario, y cuya lectura inspiró al sabio académico, Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, frases que hubieran engreido á muchos literatos, y al inmortal Víctor Hugo, una bellísima carta que guarda nuestra autora como preciosa joya. ¿Habéis leído *La Mujer española?*... ¿No? Pues leedla. ¿Sí? Pues volvedla á leer. Es la robusta revelación de un espíritu justo y reformador; es la bandera que enarbola una dama llamando á su sexo á ilustrado combate contra el egoismo y la ignorancia, es una nube de ideas que, ó mucho nos engañamos, ó habrá de caer, á semejanza de benéfico rocío, sobre las generaciones venideras.

Sirve de digno remate á este libro el titulado *La Mujer juzgada por una mujer*, no ha mucho tiempo publicado por la defensora del bello sexo, y que llamó la atención del público, hasta el ex-

tremo de hallarse casi agotada la novena edición.

Dos notables conferencias dió en el Ateneo de Madrid, en el que fué presentada por D. Juan Valera, y en las dos obtuvo un éxito brillantísimo, siendo tan numerosa la concurrencia, que hubo que agregar sillas delante las puertas. La primera conferencia versó sobre la «Civilización de los antiguos pueblos mexicanos», y la segunda sobre las «Mujeres de la Revolución francesa.»

A estos trabajos ha seguido la publicación del más hermoso de sus libros; el titulado *Mujeres, vidas paralelas*, tan ameno como erudito. Sus trabajos americanistas le han valido muchas distinciones del Gobierno de México y la medalla de honor concedida en Venezuela á los propagadores de la instrucción pública.

Concepción Gimeno de Flaquer constituye una alta personalidad literaria; posee un estilo propio, brillante, ameno, florido, correcto y pulcro, cuyos sonoros períodos contienen ora profundos, ora elevados pensamientos, y acarician el oído como un raudal de notas robadas al arpa de un trovador de la Edad Media; hay en el estilo de Concepción algo caballeresco y angélico á la vez; es el estilo de una dama elegante sin rebuscamientos, ataviada sin presunción y sencilla sin abandono.

Tomad cualquiera de sus obras, abridla al azar, leed donde cayere la vista, y convencidos quedaréis de esta verdad. La máquina hecha juguete del vapor, la tormenta estallando en el laboratorio aéreo de la nube, no funcionan con más actividad que el cerebro de Concepción cuando da forma á sus ideas; y es que no existe en el mundo máquina como la humana criatura, ni vapor como el pensamiento, ni fuerza motriz como el espíritu. Siguiendo de cerca á la idea y lamentando quizás no igualarla en rapidez, la pluma de Concepción raya nerviosamente las cuartillas, sin cuidar de los caracteres, y no descuidando jamás el concepto ni la frase. A semejanza del águila ó del halcón que desde prodigiosa altura divisan y caen sobre su presa con la prontitud del rayo, de tal suerte Concepción, desde lo alto de su inteligencia luminosa, divisa la belleza mal oculta entre el interminable fárrago de lo vulgar, sabe apoderarse de ella, pulirla, abrillantarla y ofrecérnosla al fin como engastada en páginas discretas, en periodos sonoros, en conceptos nuevos, galanos y profundos. Su espíritu es bello y varonil como un soldado griego; Concepción es delicada y tierna como una mujer, suave y exquisita como un perfume, bulliciosa é inquieta como un ave. Ha trazado to-

dos sus libros lo mismo que Enriqueta Stowe, haciendo hervir la olla de la familia, es decir, siendo el encanto de la casa, bordando ya con la pluma sobre el papel, ya con la aguja sobre la tela.

Supongo conoceréis por este bosquejo á la escritora. ¿Deseáis conocer á la dama? Vamos á presentárosla.

Imaginad una figura femenina con la delicadeza de una flor, con la flexibilidad de un junco y la distinción inglesa de una *lady;* imaginaos todavía una mano breve y nacarada, un rostro dulce y correcto al par de su estilo, una frente serena y despejada, una mirada inteligente, y como inteligente tierna, y como tierna seductora; una cabellera de unas hebras de un color rubio apagado que recuerdan la palidez de los rayos solares al filtrarse con dificultad por el espeso ramaje de la selva en marañada; fingíos, finalmente, un acento melodioso con algo de las notas del órgano, de las vibraciones de un teclado ó del susurro de la brisa acariciando las dormidas olas; fingíos todo esto, y con los ojos de la imaginación, con el oído penetrante del espíritu, habréis visto y escuchado á Concepción. Al oirla, pensaríais estar leyéndola; al mirarla, dudaríais de que hubiese escrito aquellas páginas varoniles, esmaltadas de conceptos pro-

fundos, de pensamientos vigorosos, de arranques esforzados, de metáforas audaces, en las cuales se citan poetas y filósofos, se describen asaltos y batallas, se nombran reinas y guerreros, artistas y paladines.

Lo mejor de esta dama, con todo, es lo que el público no conoce, porque ella no lo escribe ni lo narra: es el encanto severo de su trato íntimo, la sorprendente amenidad de su conversación, los generosos sentimientos que rebosan de su alma, las ráfagas de ternura, la discreción, las virtudes con que sabe hacer del hogar un paraíso y formar en torno suyo una atmósfera saludable de simpático respeto. Ni en su vida íntima, ni en su vida social adivinaréis á la literata, porque ella parece siempre lo que es, una dama virtuosa y distinguida, que escribe de afición, por amor á las letras y al sexo de que es gala. En una palabra, la existencia de Concepción se desliza plácida y tranquila, á semejanza del susurrante arroyo, entre tareas domésticas y tareas literarias, sin otros sentimientos que el apasionado amor á su marido, y reflejando siempre en sus cristales el limpio cielo de una ventura conyugal no interrumpida.

¡Ojalá muchas la imiten! ¡Ojalá todas la igualen!

JUAN TOMÁS SALVANY.

PRÓLOGO

A LAS MADRES AMERICANAS

DEDICAROS mi libro, tiernas madres, es dedicarlo á América, con la cual he contraído deuda de gratitud por la cariñosa hospitalidad que me ha dado.

Sí, á América dedico mi libro al dedicároslo á vosotras, porque todo el progreso moral, todo el perfeccionamiento que América está alcanzando, lo debe á las madres americanas. Digna hija de la española, la madre americana tiene que ejercer indefectiblemente gran influencia sobre sus hijos, porque es la más tierna, la más amorosa, la más abnegada, la *más madre* de todas las madres. Para que pueda elevarse desde la altura de su amor

maternal hasta la de preceptora de sus hijos, misión que le atañe más que á otras madres, por ser los pueblos americanos sociedades nacientes que necesitan de su apoyo, ofrézcole en esta galería de MADRES DE HOMBRES CÉLEBRES buenos modelos que imitar.

No es mi deseo presentaros, queridas americanas, una galería de mujeres célebres, ni una serie de mujeres ilustres que deban su fama á su alto rango social, á su dorada cuna ó á sus méritos intelectuales. Ninguna de las mujeres descriptas en este libro se ha inmortalizado por la pluma ó el pincel: he sacado á la luz pública algunas mujeres que no hubieran brillado por sí mismas, y que deben su renombre á la celebridad de sus hijos. Sin los notables méritos cívicos de Washington, el mundo entero, que hoy le admira, desconocería el nombre de la mujer que le dió el ser; sin la gloria de Schiller, de Coriolano, de Chateaubriand, de Goethe, de Rafael, de lord Byron, de Lamartine y de Pietro Cossa, las biografías de sus madres fueran desconocidas. Los bocetos que dibujo en mi libro, tienen que ser contemplados á la luz que esparce la gloria de sus hijos; la mayor parte de las mujeres que aquí pinto, no tienen celebridad propia, la tienen reflejada.

Quiero que estudiéis los diferentes efectos de la influencia maternal, y por eso os ofrezco en el capítulo titulado «La madre de los Gracos y la madre de Nerón», un contraste que se presta á prolijas consideraciones.

Propóngome demostrar en este libro que las ideas y costumbres de la madre influyen en el carácter, en los sentimientos, en la educación de sus hijos, en sus apreciaciones políticas y religiosas, y hasta en el género artístico ó literario que cultivan.

Se ha dicho que el estilo es el hombre; yo diría, ahondando más el pensamiento, *el estilo es la madre:* porque el estilo de cada autor refleja la fisonomía moral de la que le dió el ser.

¡Madres, creed en vuestra influencia, no abdiquéis de vuestro poder!

Es una verdad inconcusa que todo partido perece, si las mujeres se empeñan en su caída: México es una prueba palpitante de este aserto irrefutable. Inútil es que el Estado se haya declarado ateo, ¡las mujeres mexicanas son eminentemente religiosas y no han dejado penetrar el ateismo ni en el corazón de sus hijos, ni en la conciencia de sus maridos, ni en sus hogares!

Hace algún tiempo un mexicano hacía alarde de ateismo en mi salón, y á los pocos días le vi

en su hogar, junto al lecho de un hijo moribundo, levantando los ojos al cielo y dirigiéndole una mirada suplicante llena de esperanza y fe. No quise turbar momentos tan solemnes con una reconvención; pero nunca mejor que entonces podía demostrarle la falsedad de sus argumentos en favor del ateismo. Como ese ateo *de aprensión* podría citar muchísimos.

Creo firmemente que en vano intentará el Estado establecer nuevas teorías mientras no tenga de su parte á las madres, porque las madres han sido y serán siempre, en todas las épocas y en todos los pueblos, un poder más fuerte que el Estado. «El Estado soy yo», puede decir la mujer de la edad moderna.

Nada importa que en la tribuna del Congreso exhiba un hombre su excepticismo; momentos después de haber salido del alcázar de las leyes caerá á los pies de una mujer bella, que le hará prosternarse ante la imagen que venere.

¡De tal modo arraigan las madres en el corazón de sus hijos la idea de lo divino, lo sobrenatural, lo inexplicable y misterioso! Nada pueden las leyes ante las costumbres, y las costumbres las forman las mujeres. Ellas impulsan los movimientos de los pueblos; por eso al pre-

guntarle á Lablanche para qué servía la mujer, respondió: «Dios la ha hecho para iniciar.» ¡Hermosa contestación, que nos da un primer puesto en la vida social al propio tiempo que impone la mayor responsabilidad á nuestros actos!

Iniciad el bien, tiernas madres, que, iniciado por vosotras, difícilmente dejará de practicarse. Vosotras sois fuertes por vuestro amor: nadie sabe amar cual vosotras. Mientras el amor es en el hombre un sacudimiento nervioso, una vibración de los sentidos, una convulsión de su organismo, el amor es en la mujer... la aspiración á la maternidad.

La mujer sabe amar más y mejor que el hombre; éste pone sus más exaltados sentimientos en una mujer que parece absorber su vida; y, sin embargo, necesita cambiar de ídolo; la madre no cambia jamás, porque el ídolo es su hijo.

El amor de la madre hacia sus hijos siempre está en creciente, jamás se debilita: los amores y amoríos de los hombres necesitan renovación.

Madres, ya que tan fuertes sois por medio de vuestro amor, emplead vuestra influencia en hacer grandes á vuestros hijos, y de la gloria que ellos conquisten os alcanzará un rayo que iluminará vuestro nombre eternamente. Aspirad á la gloria

reflejada, á la obtenida por los méritos de vuestros hijos, y si las madres que os presento en este libro logran levantar vuestro espíritu hacia grandes ideales, y lo declaráis de útil y amena enseñanza, yo sentiré más halagado mi corazón de mujer que mi vanidad de autora, por haber contribuído con un átomo á la colosal obra del perfeccionamiento social.

¡Ojalá se realice tan noble anhelo, para que de este modo sea mi libro digno de América y de las madres americanas á quienes está dedicado!

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

CAPÍTULO PRIMERO

La madre de Chateaubriand.

I

ELICES los hombres que han tenido una madre virtuosa, inteligente y tierna! ¡Cuán fácil debe serles la práctica del bien!

Cuando veáis un hombre honrado, huérfano de madre, saludadle con respeto y admiración, porque ese hombre es dos veces bueno.

Fácil es amar la verdad y la justicia, si nuestra madre nos la ha hecho amar; fácil es amar el deber si nuestra madre nos lo ha poetizado.

El corazón de la madre y el corazón del hijo, se parecen al cielo y al mar: como el cielo y el mar,

se miran con arrobamiento, truecan sus cristales, retratan sus imágenes, las funden en una sola y se devuelven mirada por mirada, sonrisa por sonrisa, destello por destello.

Las impresiones recibidas en la infancia por conducto de la madre, se graban en nuestra alma con buril de fuego.

A excepción de esos monstruos de la naturaleza dotados de perverso instinto, todo hombre es lo que su madre quiere que sea. Por eso las madres no deben amamantar á sus hijos en el error, pues nunca alcanzarían éstos la verdad. La influencia de la madre es un hecho inconcuso.

Un ilustre médico francés, monsieur Testelin, afirma ser una verdad fisiológicamente reconocida, que la constitución física de la madre influye más sobre el hijo que la del padre. Monsieur Fraríère lleva más lejos este aserto, añadiendo que la influencia maternal empieza á obrar sobre los hijos, moral, física é intelectualmente desde el período de la gestación. Por tal motivo, mientras la madre lleve en su seno el anhelado sér que vive de su vida, debe proporcionarse dulces y gratas impresiones; debe formar su criterio con sana lógica y su corazón con puros y nobles sentimientos; alimentar su fantasía con suaves imágenes, despertar

en su conciencia la idea de lo justo que es lo bueno, nutrir su alma de todo lo grande y levantado.

Los griegos, que siempre han profesado la religión de lo bello, introducían en las habitaciones de las mujeres que se hallaban en cinta, los mejores cuadros y las mejores estatuas.

¡Hermoso, profundo y filosófico pensamiento que debía producir excelentes resultados!

La influencia maternal deja huellas indelebles en nuestro carácter y en nuestras costumbres; esto hace indispensable el empeño con que deben esforzarse las madres en corregir sus defectos para que no pasen á sus hijos; por eso todas deben caminar resueltamente con segura planta por la senda de la virtud, guiándoles.

Si á todas las madres no está reservada la dicha de crear hombres eminentes, todas tienen el deber de formar hombres honrados.

Nadie puede reemplazar á la madre en la importante misión de educar á sus hijos. Las institutrices tienden á desenvolver los talentos brillantes que excitan la vanidad, los talentos que producen aplausos en los salones; las madres son más prácticas y procuran á sus hijos talentos útiles que sirvan para la vida privada. En la vida interior, en la vida del hogar, es donde más se necesitan

esos pequeños talentos que no proporcionan gloria, pero que valen más que ésta, porque nos dan la felicidad.

La institutriz, por buena que sea, opondrá, sin advertirlo, su influencia á la de la madre, y la niña vacilará entre esas dos influencias.

La madre que busca una institutriz á su hija, queda desautorizada ante ella, porque le demuestra que no es apta para educarla!

¡Ilústrense las mujeres para educar directamente á sus hijos, sin influencias extrañas!

¡Madres! no fiés á manos mercenarias la educación moral de vuestros hijos, porque os arrebatarán su corazón.

Respetamos á la institutriz y la consideramos un miembro útil á la sociedad; pero en nuestro concepto, la institutriz debe existir únicamente para las jóvenes que no tienen madre.

Nadie puede formar el corazón del niño cual una madre inteligente y tierna: la madre desenvuelve las facultades del alma de su hijo para que la materia no ahogue al espíritu, sabe establecer un perfecto equilibrio entre su vida física y su vida moral. Hace germinar en nuestro espíritu la semilla del amor á lo bello y del amor á la verdad: cultivando estos dos sentimientos podemos salvarnos.

Os preguntamos con Aimé Martin: «¿Dudaréis, madres, de vuestra misión al ver las gratas armonías, por las que están los niños unidos á vosotras? La naturaleza, acercándolos á vuestros labios, los acerca á vuestro seno, los despierta á vuestras caricias, quiere que os lo deban todo; de suerte que, después de haber recibido de vosotras la vida y el pensamiento, esos ángeles de la tierra esperan vuestras inspiraciones para creer y amar.»

¡Creer y amar! ¡Dichosos los que creen y aman!

Creer y amar es vivir, es respirar la vida del sentimiento, es darse cuenta de su sér, tener el corazón arrullado dulcemente, abrigada el alma contra los hielos de la duda. Creer y amar es ser bueno.

Sólo la madre puede hacernos creer y amar; el amor y la fe no se enseñan, se inspiran.

En el corazon de la madre arde siempre la inextinguible llama de la fe; brota constantemente el inagotable manantial del amor.

II

Paulina Susana de Bedée, madre de Chateaubriand, es un ejemplo de ello.

Ilustrada y piadosa, alimentó el corazón de Chateaubriand con las verdades de la religión cristiana. Como Santa Mónica, á su hijo Agustín trataba de acercarle á Dios por todos los caminos, diciéndole: «Nada hay distante de Él:» Chateaubriand fué devoto en su infancia, mas en la juventud, al hallarse separado de su madre, sufrió grandes combates en su fe religiosa: los malos libros y los malos amigos le habían pervertido; pero las máximas de su buena madre, aprendidas en la niñez, que sólo se habían eclipsado en su memoria temporalmente, volvieron á aparecer más tarde con refulgentes caracteres.

De una lágrima de la madre de Chateaubriand brotó *El Genio del Cristianismo*, ese gran libro, uno de los mejores monumentos alzados á nuestra religión. Dios se sirvió de la madre de Chateaubriand para volver á éste á sus deberes.

Escuchadle, y os convenceréis de la verdad de mi aserto: dice así:

«El recuerdo de mis extravíos envenenaba los últimos días de la vida de mi madre: ella encargó, al morir, á una de mis hermanas tratase de despertar mis sentimientos hacia esa religión, en la cual yo había sido educado.

»Mi hermana me envió una carta dictada por

mi madre, y tanto me conmovió, que me convertí. Confieso que, al reformar mis ideas, no he cedido á grandes luces sobrenaturales; mi convicción ha salido del corazón: lloré y creí.»

El *Ensayo histórico sobre las revoluciones* habia causado gran pesadumbre á su madre, por ser una obra llena de excepticismo, de desaliento é impiedad. *El Genio del Cristianismo* fué la refutación de esa obra, un homenaje tributado á la memoria de la que le dió el sér. Esta desde el cielo debió sentir un estremecimiento de alegría.

El Genio del Cristianismo es lo que más ha cimentado la gloria del autor de *Atala*, *René* y de las *Aventuras del último Abencerraje*. *El Genio del Cristianismo* produjo en Francia una revolución moral y literaria: demolió el edificio construído por los sabios enciclopedistas sostenido hacía más de medio siglo por la influencia de Voltaire.

Predicaba unas doctrinas tan consoladoras, respondía tanto á las necesidades de almas combatidas y fatigadas, que todos se dejaron atraer por su dulzura y suavidad.

Esa obra imperó á pesar de los ataques de los revolucionarios, porque ofrecía nuevos horizontes llenos de encanto y poesía, descripciones maravi-

llosas de la naturaleza hechas en grandilocuente estilo, porque encerraba delicadas sensaciones del alma, nobles impulsos del corazón, generosas aspiraciones del espíritu. *El Genio del Cristianismo* convence más que los libros de nuestros mejores teólogos; la obra de Chateaubriand fascina la imaginación después de haber halagado el corazón.

Ni el mismo San Bernardo en sus tres tratados sobre la virginidad, ha sabido encontrar imágenes más poéticas que las que emplea Chateaubriand para cantar sus excelencias.

Chateaubriand busca la belleza en la castidad, y como se inspira siempre en la naturaleza, se enamora de la fragancia del nardo, del murmurio del arroyo, de los colores del iris y del rayo de luna: porque son castos el rayo de luna, el color, el sonido y el aroma.

Al leer á Chateaubriand pronto se comprende que ha sido educado en el templo de la naturaleza, bajo la dirección de un sacerdote femenino.

Hay en el genio de Chateaubriand la ternura, la delicadeza, la castidad, los pudores del genio de la mujer. Hay en su alma algo de la mística exaltación femenina que el racionalismo no pudo destruir, ni aun en la época en que parecía imperar sobre aquella alma. No consideremos una pa-

radoja este pensamiento suyo: *yo era cristiano, y muy cristiano, cuando me empeñaba en no serlo.* La madre de Chateaubriand era piadosa cual una santa, y como Chateaubriand amaba mucho á su madre, sentía siempre su benéfica influencia.

La piedad de la madre de Chateaubriand nos queda revelada en esta frase de su hijo: «Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido después mi nombre, no hubiera dado á madame de Chateaubriand un solo momento de orgullo semejante al que tuvo como cristiana y como madre, cuando me vió recibir la primera comunión.»

Las memorias autobiográficas de Chateaubriand están esmaltadas constantemente con el recuerdo de la que le dió el sér: transcribiré el retrato que de ella nos hace:

«Mi madre estaba dotada de un gran talento y de una imaginación prodigiosa: se formó con la lectura de Fenelon, de Racine y de madame de Sevigné: sabía de memoria el Cyro: no era bella, pero poseía gran elegancia de modales. La viveza de su genio contrastaba con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa tanto como frío é inmóvil éste, todos sus gustos eran diametralmente

opuestos á los de su marido. Tal contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda tristeza. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de tal privación entregándose á una especie de melancolía estrepitosa, que le hacía exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre.»

Tres mujeres ejercieron gran influencia en la vida de Chateaubriand: su madre, su hermana Lucila y su encantadora amiga madame de Recamier.

Chateaubriand debe á su madre la fe que le inspiró su obra maestra; á madame de Recamier la resignación con que soportó los últimos años de su existencia tan llenos de amargura; á Lucila la revelación de sus facultades literarias. Paseando una tarde con aquélla, admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oirle exclamó su hermana: «Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir.»

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta, la revelación de su genio hecha por ella le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella famosa

tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa; después de su muerte se encontraron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo: «La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico.»

La educación religiosa y artística de Chateaubriand, se debe á dos mujeres: su hermana le formó el gusto literario; su madre le inspiró la fe cristiana.

III

Es indiscutible la influencia de la mujer sobre el hombre y sobre la sociedad.

Francia es el primer pueblo que promulgó la ley sálica, y sin embargo, las francesas son las mujeres que más se han asociado siempre á la vida pública del hombre. Ellas se han vengado en todas épocas de los que las alejaron del trono, reinando sobre las almas.

En Francia, la mujer vive en comunidad inte-

lectual con el hombre; discute los sucesos del día, habla de política, de frivolidades, de cosas serias. Las francesas se asocian á los negocios de sus maridos, conocen el estado de su fortuna, saben tantas matemáticas como ellos. En muchos matrimonios podrá existir el aislamiento del corazón, pero jamás existe el del pensamiento: si hay separación de sentimientos, no la hay de ideas.

La mujer francesa no se resigna á vivir eclipsada; dejadla dirigir el buen tono, formar el buen gusto y las conveniencias, imponer la moda y desenvolver el gracioso arte de la conversación, y quedará satisfecha; pero no le quitéis el cetro en la vida social, no la releguéis al olvido, porque no sabe soportarlo.

En el reinado de Luis XIII las mujeres figuraban poco, porque este Príncipe, un tanto misántropo, las desatendió; mas ellas, al verse heridas en su amor propio, quisieron manifestar que eran temibles, y por eso se las vió en el sitio de la Rochela, y después creáron la Fronda, que fué una revolución hecha por las mujeres.

En el sitio de la Rochela una mujer convertida en jefe de los heréticos, defendió esta ciudad contra la actividad del Cardenal Richelieu y contra la intrepidez de Luis XIII: esta mujer extraordi-

naria, que sabía el hebreo, el griego y el latín, fué la madre del Duque de Rohan.

La Duquesa de Longueville, ardiente é impetuosa, trabajó para sublevar á París y Normandía.

Las mujeres contribuyeron con sus intrigas á los disturbios de la Regencia, y sólo se apaciguaron cuando Luis XIV tomó las riendas del poder y las puso á sus pies.

La época de Luis XIV es una de las más gloriosas en la historia del espíritu humano y la más grata para las mujeres. Deificado el amor, ellas tenían que reinar; refinóse la galantería de tal modo, que parecían haber despertado las caballerescas costumbres de la Edad Media. Las mujeres, satisfechas de su poder, contribuyeron á formar la gracia, el encanto y la gloria de ese reinado, distinguiéndose por el ingenio, entre otras, madame Sevigné, madame Dacier, La Fayette, Scudery, Deshouliers, Suze, Caylus, Motteville, Lambert y Montpensier.

Poco deben las mujeres á la época de Luis XV, pues no fueron muy consideradas: las épocas en que la moda impone los alardes de insensibilidad, no nos son favorables. Cuando se hace burla del amor y se ridiculizan las pasiones, perdemos nuestro imperio.

Las mujeres deben recordar con gratitud el reinado de Enrique IV, porque este rey daba tanta importancia á la gloria como al amor: no fué obstáculo sin embargo el amor para que figure Enrique IV como uno de los más grandes reyes de Francia. La gloria y el amor fueron en la vida de Enrique dos astros que irradiaron el mismo fulgor. el uno no eclipsó al otro.

Francisco I, el rey galante que solía decir: *Una corte sin mujeres es un año sin primavera, una primavera sin rosas*, enalteció á nuestro sexo y éste respondió á tal deferencia impulsando el renacimiento literario. En la época de Francisco I brillaron grandes damas de salón y grandes madres.

Las mujeres, al verse tan enaltecidas, se dedicaron al estudio para ponerse al nivel de unos hombres que las reverenciaban.

La mujer está siempre á la altura de las circunstancias; si en algunas épocas permanece apática, enervada en los placeres de la vida social ó sumida en las frivolidades del lujo y de la moda, pronto se reacciona cuando llegan los momentos supremos. Y es que existe en la mujer un fondo de grandeza de la cual ella misma no se da cuenta, hasta que salta en su alma la chispa que enciende el sacro fuego.

Así sucedió en la Revolución del 93: las mujeres,

heridas en sus sentimientos por las desgracias de los seres amados, se convirtieron en heroinas. Mientras la mayor parte de los hombres demostraron la virtud pasiva de la resignación, ellas estaban exaltadas por virtudes más activas. Sin temor á los rigores de la estación, abandonaban el suave calor del blando lecho antes de salir el sol y, sufriendo los rigores atmosféricos y los rigores de la suerte, disputábanse el turno para presentar una solicitud escrita con sangre y lágrimas; conmovedora solicitud que sin embargo no habia de inspirar conmiseración á los empedernidos corazones de los tiranos.

¡Qué valor moral, qué serenidad de espíritu manifestaron aquellas mujeres! Cuando no podían obtener la libertad de sus maridos, sucumbían con ellos en el cautiverio.

Merecen ser citados algunos de los rasgos de esas mujeres heróicas. Madame Lefort compró el permiso de ver á su marido, vendiendo todas sus joyas; entró en la prisión y, con recursos hábiles, consiguió convencerle de que debían cambiar de traje para que él se escapara á favor del disfraz, pues á ella no la sacrificarían. Al dia siguiente se descubrió la trama, y el alcaide, horrorizado, preguntó á madame Lefort:

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—Mi deber—respondió ella;—haz ahora el tuyo.

Madame Claviere, al recibir la noticia de que su marido se había clavado un puñal en el corazón, se dió la muerte con socrática serenidad.

Una viuda seguía la carreta homicida lanzando gritos desgarradores y pidiendo la llevaran al suplicio con su amante; los soldados no le hacían caso; faltaban pocos momentos para llegar allí y al observar esto la viuda, quitó rápidamente el sable á uno de los soldados y se atravesó el corazón.

¡Hijas, esposas, madres, amantes, todas se sacrificaron impulsadas por sus ardientes afectos! Todas tuvieron para los tiranos frases semejantes á esta: ¡Nuestro valor tiene más fuerza que vuestro poder!

Los mónstruos obcecados, al querer apoderarse de María Antonieta, cogieron á Elisabeth creyendo que era la Reina, y Elisabeth dijo á los que querían manifestar la equivocación: «¡No les saquéis de su error!»

¡Qué rasgo de heroismo fraternal!

Una joven bella y delicada llegó palpitante de pasión al calabozo desde donde debía salir su amado para la guillotina. Insistió pidiendo la dicha de morir con él, mas siéndole negado tal fa-

vor, sacó de su seno un puñal para clavárselo: los soldados, conmovidos por su belleza, se lo arrancaron de la mano, mas la joven exclamó: ¡Ah, bárbaros! ¿Creéis que puedo vivir si muere él? Tras estas palabras se arrojó contra una puerta de hierro y se abrió la cabeza.

Si los hombres tuvieran siempre presentes los mencionados hechos, se avergonzarían de haber apellidado á las mujeres débiles, frívolas y superficiales.

¡Hombres, respetad á la mujer y educadla en el amor á la verdad, porque ella transmitirá á vuestros hijos la educación que le hayáis dado. Educad á las mujeres para madres.

La influencia de la madre no se borra nunca; lo que ella nos enseña no se olvida jamás.

Chateaubriand recitaba con más entusiasmo que los versos de Homero unos cantares tiernos, pero sin ningún mérito literario, sólo porque los había aprendido en su hogar.

Chateaubriand daba mucha importancia á las mujeres. No hay nada—dice—que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle á uno sus hermanos y sus amigos y le desconocen sus compañeros; pero no sucede lo mismo con su madre ó con su hermana.

Los pesares que experimentó la madre de Chateaubriand, decidieron á éste á escribir *El Genio del Cristianismo;* el dolor ocasionado por la muerte de su hermana Lucila, le hizo pensar en la aplicación de las teorías literarias de aquella obra y concibió el plan de *Los Mártires*, magnífica epopeya en prosa.

Lo repetimos mil veces: es indiscutible la influencia de la mujer. De una lágrima de la madre de Chateaubriand, brotó *El Genio del Cristianismo:* del último suspiro de Lucila *Los Mártires de la religión cristiana.*

La lágrima de una mujer devota, puede crear el brillante panegírico de una religión; la burlona sonrisa de una mujer excéptica puede destruirlo.

CAPÍTULO II

La madre de Constantino.

I

Las mujeres fueron grandes propagadoras del cristianismo. No es extraño que sucediera así; el cristianismo es una religión basada en el amor: nadie podía comprenderla como las mujeres.

¡Amor! Estas cuatro letras pueden formar el dogma de la mejor religión.

Si todos supiésemos amar, todos seríamos buenos.

Si todas las almas estuviesen templadas para el amor, todas podrían salvarse.

El cristianismo impone la obediencia á nuestros padres, y la obediencia es amor; el cristianismo

predica la caridad, la caridad que es manantial inagotable de amor; el cristianismo enseña la benevolencia con el prójimo, y la benevolencia es una de las mil formas del amor; el cristianismo inspira la abnegación; ¿qué es la abnegación? El más alto, el más puro, el más tierno grado del amor.

¡Amaos los unos á los otros! ¡Cuán sabio y sublime precepto!

El cristianismo ofrece al delincuente el perdón, que es amor, si lo implora con verdadero arrepentimiento; las otras religiones le amenazan con severos castigos.

El cristianismo es la más humana y la más dulce de las religiones.

El pagano que irritaba á sus dioses era inmolado en sus altares; el pecador cristiano no tenía que inmolarse: se encontraba con un Dios que se inmolaba por él. Los altares del cristianismo no debían ser regados con la sangre del pecador, sino con sus lágrimas.

Jesucristo se presentaba humildemente sin humillar á los demás seres con su grandeza; otros reformadores se han rodeado de pompas mundanales. Jesucristo convence con sencillas frases; Mahoma necesita imponerse por medio de la fuerza y ofreciendo deleites para los sentidos.

El cristianismo no trata de halagar la materia, porque es la religión del espíritu; y como las mujeres son espiritualistas, lo abrazaron con entusiasmo. Asombroso es el poder de esta religión; al aparecer, nivela al rico con el indigente y cambia los gustos y costumbres de los potentados. Las matronas romanas trocaron los esplendores de la púrpura patricia por humilde sayal, dando este ejemplo, entre las primeras, Marcelina, Paula y Eustoquia, estas eruditas mujeres que departieron con los hombres más sabios y dieron gran impulso á las letras cristianas.

Desde que Jesucristo aparece predicando su doctrina hasta que se levanta de la tumba para remontarse al cielo, no se vió ni un momento abandonado por las mujeres. Durante su Pasión le acompañaron su Madre, María Cleofás, María Salomé, María de Bethania y María Magdalena. María Egipciaca, al oir la palabra de Jesucristo, se retira á un desierto para vivir la vida de la penitencia, después de haber vivido por espacio de diez y siete años sumida en el pecado.

Las mujeres, que siempre tienen adivinaciones y presentimientos, protestaban contra los improperios lanzados contra Jesucristo: la mujer de Pilatos, admiradora de la grandeza del Hombre

Dios, tuvo revelaciones acerca de la divinidad de Él. Acaloradas luchas sostenía con su marido para conseguir que no dictase la sentencia contra Jesús; mas Pilatos fué cobarde, al vacilar entre la influencia que ejercía su mujer sobre él, los clamores de la muchedumbre y las sugestiones de su vanidad. En esta batalla moral Claudia salió derrotada; su desesperación fué muy grande cuando supo que la terrible sentencia se cumplía. Algunos Padres de la Iglesia afirman que la mujer de Pilatos se ha salvado.

Las mujeres prestaron al Salvador importantes servicios durante su Pasión. La Samaritana apagó la sed de Jesucristo; la Verónica limpió el sudor de su frente; la Magdalena le ungió los pies con los más frescos y ricos perfumes. Distinguidas concesiones hizo Jesucristo á las mujeres; á la piadosa mujer de Berenices le dejó impreso el rostro en la batista con que enjugó su sudor, á Marta le otorgó la pedida resurrección de su hermano Lázaro, á Magdalena la dignificó ante el pueblo que la escarnecía.

Interesante es esta mujer del Evangelio: dotada de gran belleza, de imaginación exaltada y de temperamento ardiente, fué muy célebre por su vida licenciosa, mas la celebridad de su arrepen-

timiento eclipsó la celebridad de sus pecados. Al oir hablar de Jesucristo quiso conocerle, porque á su fantástica imaginación seducía todo lo maravilloso; le *vió*, *le escuchó y creyó*. Apasionada de sus doctrinas, pensó en su redención, y después de convertir á una falange de mujeres que, cual Magdalena, habian vivido en el pecado, se puso al frente de ellas, y todas juntas siguieron á Jesucristo desde Getsemaní hasta el Calvario. A Magdalena se la ve al pie de la cruz llena de dolor, y enfrente de la sepultura de Jesús llena de esperanza, porque Él le había dicho que resucitaría, y Magdalena tuvo el instinto de creer en la anunciada resurrección. Sabido es que ella embalsamó el cuerpo de Jesús y que fué premiada con la aparición del Salvador, recibiendo del mismo Redentor la orden de divulgar lo que había visto. Inmediatamente reveló la resurrección del Salvador, y el número de sectarios se centuplicó.

Imposible olvidar la gran frase de Jesucristo dirigida á la famosa pecadora: «Mucho te será perdonado porque has amado mucho.»

Algunas mujeres de costumbres voluptuosas, tales como Marion Delorme, Ninon de Lenclos y Sofía Arnould, han querido ampararse con esa frase, pero no pueden encontrar en ella su ab-

solución. La célebre Sofía, notable actriz francesa, hallándose gravemente enferma en 1808, llamó á un sacerdote y también intentó defenderse invocando las divinas palabras; mas no sabemos lo que le contestaría el confesor.

La Magdalena había llorado mucho, y además su arrepentimiento fué en la juventud. Retirarse del mundo cuando los placeres más seductores invitan á la mujer hermosa á gozar, es un mérito; reservar el arrepentimiento para la vejez, es un sofisma que no admitirá Él, que es toda verdad.

Poética es la figura de Magdalena; ella ha inspirado obras maestras al sublime pincel de Ticiano, Murillo, Leonardo de Vinci, Rivera, Alonso Cano, Pablo Veronés, Correggio y Zurbarán.

II

A una mujer, á la virtuosísima Elena, á la excelsa madre del gran Emperador Constantino, cupo la incomensurable dicha de encontrar la cruz del Redentor, símbolo de nuestra Religión.

Tan favorecido ha sido el sexo femenino por la religión cristiana, que algunos sectarios de otras

religiones han apellidado al cristianismo la religión de las mujeres.

Débese á la piadosa Elena la conversión de su hijo Constantino.

La influencia que ejercía sobre él fué suficiente para hacerle simpática la religión del Crucificado, y cuando en la batalla contra Magencio, creyó ver sobre el sol un esplendor que fulguraba en forma de cruz, rodeado de esta inscripción: *In hoc signo vincis*, resolvió adoptar la cruz por divisa, y el estandarte del águila romana se transformó en santo lábaro que ostentaba la cruz. Esta enseña, con el monograma de Cristo, sustituyó á las de los dioses que hasta entonces presidían las batallas, y la cruz, que en el Gólgota había sido emblema de oprobio y baldón, imperó después sobre los reyes, guió los ejércitos y marcó la faz de una nueva civilización.

El vencedor de Licinio y de Maximino no fué cruel con sus enemigos. Elena se esforzó en dulcificar los bélicos y duros instintos de su hijo, y tanto lo consiguió que, cuando un adulador fué á decir á Constantino que se vengase de los que habían apedreado su estatua, el Emperador le contestó: *las pedradas no me han hecho ninguna contusión.*

Por influencia de Elena promulgó Constantino

en Milán el célebre edicto en favor de los cristianos; levantó templos, concedió inmunidades y privilegios á los eclesiásticos, declarándolos exentos de cargos civiles.

A la dulce iniciativa de Elena debióse la abolición de los combates de los gladiadores. Prohibió también consultar los augures, mutilar los esclavos, marcar los condenados en la frente y hacerlos morir en la cruz.

Esta admirable mujer, animada por la fe religiosa, emprendió su peregrinación á Tierra Santa á los setenta y nueve años de edad. Constantino puso á sus órdenes los tesoros del Erario, pero Elena no quiso aceptar nada, y viajó de incógnito para que no le tributaran honores reales.

Gran ejemplo de modestia y humildad será siempre esta Emperatriz, que se impuso, al hacer su viaje á los Santos Lugares, las más duras privaciones, pudiendo haber viajado rodeada de todas las comodidades y todo el lujo debido á la fortuna de su hijo y á su alto rango.

Cuando llegó á Tierra Santa hizo demoler un templo pagano que estaba sobre el Calvario, y entre éstas y otras ruinas empezó á dirigir las escavaciones, con objeto de encontrar el santo leño emblema de la religión cristiana.

Guiada por inspiración divina, su noble empresa no podia fracasar, y tras algunas luchas y fatigas, en las que no desmayó su fe ni un momento, recibió como premio á su constancia el inestimable don de encontrar lo que formaba su mayor anhelo. Para solemnizar el inapreciable hallazgo, mandó construir tres templos, uno sobre el Santo Sepulcro, otro en Belem y otro sobre el monte Olivete. Hizo engarzar en ricas piedras uno de los trozos de la Santa Cruz y lo envió á su hijo Constantino; los restantes los distribuyó entre algunas iglesias.

III

¡Qué contraste entre la Helena del paganismo y la Elena de los cristianos!

La Helena griega enciende satánicas pasiones entre dos pueblos y hace que se destruyan por ella. La Elena romana conságrase á curar á los heridos abandonados por los partidarios de su hijo, dando ejemplo de alta tolerancia religiosa y de gran caridad.

Nada importa que la espada de Menelao caiga

ante una mirada de la hermosa Helena griega; una palabra de la Elena romana le hace terminar á Constantino la transfiguración del mundo antiguo.

Es cierto que la Helena griega creó el arte clásico; pero la Elena romana hizo más que ella, propagando la más perfecta de las religiones.

Soberbios altares se alzaron á la Helena griega, en los cuales fué deificada; modestos han sido los altares erigidos á la Elena cristiana, y, sin embargo, se han derrumbado los de aquélla y permanecen incólumes los de ésta.

Me objetaréis que la Helena griega educó el sentimiento estético é inspiró el arte plástico; mas tened en cuenta que, en las épocas de mayor entusiasmo artístico, el arte no ha sido sino la religión de los sentidos, mientras que el cristianismo fué desde sus primeros albores, ha sido y será siempre, la religión de las almas. Helena no pudo eternizar la materia; el cristianismo ha podido inmortalizar el espíritu.

Helena ha sido sublimada entre los poetas griegos de su tiempo. Como no presentían el cristianismo, no encontraban nada superior á la hermosura de la forma; mas para los pueblos latinos, no tan sensibles á la belleza corporal como los grie-

gos, la hija de Lacedemonia es una mujer digna de censura.

El fanatismo que inspiró fué tan grande, que Eurípides, el formidable enemigo de las mujeres, le dedica entusiastas panegíricos; Teócrito, Gorgias y otros le han consagrado brillantes apologías. Hasta el mismo Homero, viendo que no puede presentar á Helena inmaculada, tiende sobre ella un florido manto de conmiseración, exclamando: *Helena es el instrumento de los dioses contra Troya. Helena es una víctima condenada á la fatalidad del deshonor por su extraordinaria hermosura.*

Nunca podrá conseguir Homero, con todo el prestigio poderoso y fascinador del genio, que su Helena aparezca pura.

La Helena de los griegos es el pecado; la Elena de los cristianos la virtud.

IV

Todos los pueblos antiguos asociaron la mujer á sus religiones. Los israelistas convirtieron á Débora en profetisa; los galos y romanos consultaban á la mujer los asuntos religiosos; los griegos tuvieron Pitonisas; los romanos Sibilas. En

la religión de los indios hay una trinidad femenil que la componen Saravasti, Bavdni y Lacmi; la *Gran Madre* que tiene en su mano el loto florido.

Los egipcios sentían tan exaltado entusiasmo hacia la diosa Isis que cada día inventaban un nombre nuevo para ella; por tal razón Isis ha sido apellidada *mirionisma*, ó sea la de los diez mil nombres.

En todos los cultos religiosos encontraríamos á la mujer si me propusiera hacer un estudio acerca de las religiones; pero ninguna de ellas puede presentar un ideal más perfecto y poético que el cristianismo: la admirable, la sublime figura de la Virgen Madre.

El cristianismo es la religión que ha inspirado mayores heroismos á las mujeres; el cristianismo es la religión que cuenta en sus anales mayor número de mártires.

¿Cómo no había de amar la mujer una religión que le dió personalidad, que la sacó de la ignominiosa abyección en que vivía?

Halló la mujer muy humana la religión que tiene un consuelo en esta vida para cada dolor y nos sonríe con la acariciadora esperanza de un mundo perfecto donde no ha de penetrar la injusticia.

La mujer abrazó con justo entusiasmo el cris-

tianismo, religión de las almas tiernas, porque es la religión del indigente, del desvalido; porque consuela al que llora, alienta al que desfallece, protege al débil y ampara al desgraciado.

Propagadora la mujer del cristianismo, y siendo tan grande su influencia sobre el hombre, no es extraño se realizaran conversiones tan famosas como la de San Agustín por Santa Mónica, la de San Juan Crisóstomo por su madre, la de San Hermenegildo por su esposa Ingunda y la de Constantino por Santa Elena.

CAPÍTULO ¡III

La madre de Rafael

¿Quién no conoce á Rafael de Urbino? Rafael es el pintor de la gracia más ideal, el pintor de la belleza mística y de la pureza. Solo Murillo ha sabido unir como él la alegre é inocente expresión virginal á la solemne y reposada expresión de la madre. Rafael tiene estilo propio, que sus muchos admiradores han denominado rafaelesco. Sabido es que el estilo rafaelesco posee gran pureza, corrección y armonía de color. Rafael Sanzio, ó de Urbino, es el más célebre de los pintores modernos. ¿A qué se debe la dulzura, la bondad y el suave temple del alma de Rafael?

A su madre.

Maggia, la madre del artista inmortal, depositó toda su ternura en Rafael, y como le amaba tanto, se la supo trasmitir.

La madre de Rafael era sentimental y poética. Dotada de gran sensibilidad, quiso educar á su hijo por sí misma, tratando de rodear la infancia del querido niño de cuadros seductores.

El marido de Maggia, llamado Juan Sanzio, que era un buen pintor, sobre todo como retratista, tenía un estudio muy alegre, y en él quiso colocar Maggia la cuna de su hijo.

Con ese sublime presentimiento de las madres, que no falla nunca porque es divino, Maggia auguró que su hijo sería célebre.

Creyéndolo destinado á la gloria, quiso alegrar su mirada con cuadros risueños para que penetrasen en su alma imágenes placenteras y tomase su inspiración suaves tintes, dulces tonos. Al efecto rodeó la cuna de su hijo con cuadros de vírgenes, de pájaros y de flores.

La madre de Rafael era eminentemente católica, y por eso Rafael ha sabido representar en sus cuadros el ideal católico con tan gran inspiración.

Rafael respiró en su hogar el artístico entusiasmo que era en su familia tradicional religión.

El padre de Rafael no solo era pintor sino poeta; todavía se conserva en el Vaticano una crónica en verso que escribió en honor del duque de Urbino, su protector.

Rafael que, en unión de Miguel Angel y Leonardo de Vinci, representa el Renacimiento, fué un ser extraordinario en todo: su vida está esmaltada de episodios originalísimos. Háse observado en él diferentes particularidades que no son comunes á los demás seres. Rafael nació en Urbino el 6 de Abril de 1483, y murió en Roma el 6 de 1520. Fué discípulo del célebre *Perugino;* pero pronto la celebridad del discípulo sobrepujó á la del maestro.

Los condiscípulos de Rafael le llamaban *il gragiosísimo.*

En Rafael sobresale el amor á la perfección. Una frase suya ha pasado á la posteridad: «El pintor debe representar las cosas no como las hace la naturaleza, sino como debería hacerlas.»

Rafael es más idealista que real, porque no puede ser realista un alma enamorada de la perfección. Sin embargo, en muchas de sus obras se enlazan el naturalismo y el idealismo, y de tan feliz consorcio brota el ángel humanizado. Ha sabido unir el espiritualismo del sentimiento moderno con

el plástico idealismo de la belleza griega. El inmortal artista debió á su dulce carácter cuantas simpatías conquistó, y el haber sido el predilecto de Julio II y León X.

La figura de Rafael era interesante, y su trato amable y ameno.

No pintaba por buscar gloria, sino porque sentía la necesidad de producir lo bello.

David no pulsaba el arpa por hacerse escuchar entre los hombres; los sonidos de su arpa eran alabanzas dirigidas á Dios.

Fra Angélico no trabajaba para la posteridad; las líneas y el color eran oraciones creadas por él y dirigidas al Omnipotente.

Lippo Dalmasio no quiso pintar más que ángeles y vírgenes: su inspiración era completamente celestial.

El pintor de la *Sacra Familia* tuvo siempre por rumen á la mujer: la primera inspiradora de sus cuadros fué su madre; la segunda, Fornarina.

El genio de Rafael tiene toda la delicadeza femenina, sin carecer de vigor.

Ejercía sobre él gran influencia su madre, de cuyas narraciones tomaba asuntos para sus cuadros. Maggia le había referido la espantosa tradición denominada «Degollación de los inocentes»; tanto

se impresionó Rafael con ese relato, que entre sus papeles donde se encontraron sus primeros ensayos, existe un cuadrito dibujado á la pluma representando la conocida tradición. La composición, que está dividida en dos grupos, es una composición infantil que revela los cortos años de su autor. Rafael era un niño cuando la ejecutó, un niño que no tenia formado el criterio, pero que poseia exuberancia de inspiración. El autor era entonces todavía más candoroso que los sacrificados que representaba. Hay en uno de los grupos una mujer amenazando á un guerrero con un zueco. No puede ser más cándida la idea. Los verdugos de aquel cuadro resultaron de suave expresión; no parecían verdugos. Rafael no sabía pintar la ferocidad. Decididamente no había nacido para pintar malvados.

En el alma de Rafael, tranquila como un lago, solo se reflejaban los dulces afectos, jamás las pasiones tumultuosas.

Rafael es el sacro pintor de las Madonnas: ha legado más de doscientas vírgenes á la admiración de la posteridad.

En la *Virgen del Pozo*, *Virgen de la Tienda*, en la *Virgen de la Silla* y en la *Sacra Familia*, resplandece el férvido entusiasmo maternal que Maggia supo inspirarle.

Rafael ha sido único para expresar el éxtasis maternal, como Murillo ha sido el único que ha sabido expresar la expresión virginal.

Las Dianas y Minervas de los griegos presentadas como emblema de gracia femenil y virginal no pueden compararse á las vírgenes de Murillo, como no puede compararse Ceres á las madres pintadas por Rafael.

Por todas partes se han esparcido las vírgenes del místico pintor. En Berlín poseen una Virgen suya, que tiene sobre las rodillas al Niño Dios. En el Vaticano se halla la *Coronación de la Virgen*, debida á su pincel. En el Museo de Milán está el admirable cuadro del *Casamiento de la Virgen*, denominado *Sposalicio*. En Florencia atesoran muchas Madonnas suyas. En Toscana tienen la célebre *Virgen de la Palmera*. Más la obra maestra de Rafael es la *Virgen del Velo*. ¡Qué estilo tan natural, fácil y poético tiene este cuadro!

Las vírgenes madres pintadas por Rafael respiran castidad en las formas, son formas ideales creadas por un poeta, son las doncellas púdicas que soñó en su adolescencia. Las madres pintadas por el sublime artista tienen tanta ternura, idealismo y pureza, que parecen divinas.

Rafael es el pintor de las mujeres: después de

haber creado la *Virgen de la Rosa*, la del Pez, *la de la Perla* y tantas otras ya mencionadas, ha embellecido los museos con los cuadros de *Santa Cecilia*, *Santa Margarita*, *Santa Catalina de Alejandría* y la *Bella Jardinera*.

¡Cuán poderosa es la influencia de la mujer!

La ternura de Maggia convirtió á Rafael en sublime pintor de la Virgen Madre.

Si no se conoce bastante la influencia femenina, es porque la mayor parte de las mujeres esconden su poder en ver de hacer alarde de él.

La mujer que generalmente posee la virtud de la modestia, no solo oculta el predominio que ejerce sobre los que la rodean, sino hasta su fuerza intelectual.

Por fortuna algunos grandes hombres dotados de alma generosa proclaman elocuentemente las aptitudes que posee la mujer y que sus impugnadores sistemáticos le niegan.

Calderón, en una comedia titulada *El Mayor encanto Amor*, pone en boca de Circe los siguientes versos:

.....

.....

Que, en fin, las mujeres, cuando
tal vez aplicar se han visto

á las letras ó á las armas,
los hombres han excedido,
y así ellos, envidiosos,
viendo nuestro ánimo invicto,
viendo agudo nuestro ingenio,
porque no fuera el dominio
todo nuestro, nos vedaron
las espadas y los libros.

Apelemos á la irrecusable autoridad de Calderón cuando nos ataquen nuestros detractores.

Es indudable que la mujer modela á su hijo y que los niños educados por una mujer superior, adquieren altísimas cualidades.

Un amigo de Goethe, al conocer á la madre del gran poeta alemán, exclamó: *Ahora comprendo por qué ha llegado á ser Goethe lo que es.*

¡Hermoso elogio para Catalina, Isabel, Textor!

Benditas las madres que, cual la de Washington, pueden decir: *He enseñado á Jorge la virtud; la gloria no es más que una consecuencia de ella.*

Espero que mi hijo se acordará de las lecciones que le he dado, y no olvidará que es simplemente un ciudadano al cual Dios ha hecho más feliz que á los otros.

La madre de Rafael inspiró también á su hijo

la humildad, y esa humildad le valió el poder contar siempre con un gran círculo de amigos.

Pocos alcanzaron su dicha: solo él ha poseido una aureola de gloria, sin que se ciñera á sus sienes una corona de espinas.

Si la Parca nos lo arrebató tan pronto, fué porque tuvo envidia del brillante destino que cupo en suerte al que pudiéramos apellidar *Benjamín de la Fortuna*.

Os he hablado de Maggia Ciarla porque ejerció gran influencia en el numen del sublime pintor de las Vírgenes, de las Madres, de las Gracias y las Sibilas; del pintor de la belleza femenil.

CAPÍTULO IV

La madre de San Fernando.

Cábele á doña Berenguela *la Grande*, reina de Castilla y de León, la gloria de haber educado á su hijo física, moral é intelectualmente. Fernando III el Santo es la perfecta obra de una madre modelo. Esta venerable reina, pacificadora de todos sus Estados, prudente y discreta, que llevaba con tanto acierto las riendas del poder, no descuidó por los deberes que impone un trono los cuidados que exigía la educación de su hijo.

Parecía hallarse destinada esta gran mujer á dejar una gloriosa sucesión de príncipes y prin-

cesas: la madre de San Fernando es la abuela de Alfonso el Sabio y de la infanta doña Leonor, aquella interesante mujer conocida en la historia como dechado de esposas admirables.

D.ª Berenguela tuvo una descendencia que imitó sus muchas virtudes. El fervor religioso que inspiró á su hijo D. Fernando contribuyó á que éste combatiera contra los sarracenos tan encarnizadamente.

Modesta y humilde siempre, invertía las cantidades destinadas á solemnizar con brillantes fiestas los triunfos de su hijo, en aliviar á los menesterosos. El pueblo la denominó su bienhechora; los pobres su ángel bueno.

Nunca empleó la severa arma de la justicia en contra de sus vasallos: prefería la piedad.

Doña Berenguela cedió á Fernando la corona tan pronto como le fué posible, para dirigir desde la vida privada, con el mayor tino, todos los actos de su hijo. Acostumbróle á que perdonara ofensas é ingratitudes y á despojarse de todo rencor; por su influencia consiguió Fernando III el sosiego, la tranquilidad y el engrandecimiento de la patria.

Todos los historiadores de su tiempo hacen brillantes apologías de esta reina, denominada glo-

ria y honor de Castilla, modelo de princesas discretas y prototipo de buenas madres.

Al hablar Alfonso el Sabio del dolor que su padre sintió por la muerte de Doña Berenguela, se expresa en estos términos:

Non era maravilla de haber gran pesar; ca nunca rey en su tiempo otra tal perdio de cuantas hayamos habido, nin tan comprida en todos sus fechos.

De D.ª Berenguela puede decirse cual de la madre de San Luis, que tenía valor de hombre en corazón de mujer. Esa gran madre, que la historia conoce con el nombre de Blanca de Castilla, decia á su hijo: *Hijo mío, te amo con extremo, y sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.*

Blanca de Castilla y Berenguela la Grande dieron á sus hijos una educación muy semejante. Ambas conocían los deberes que impone un trono, y ambas, aleccionadas por la experiencia que les dió el haber reinado, supieron educar á sus hijos para reyes. Las dos reinas nacieron con esa altivez española tan ingénita en la mujer de la raza hispano-americana, la cual inculcaron en el corazón de sus hijos, para que los preservara de toda acción baja y vil.

Fernando III, que adoraba á su madre, respetó muchísimo á las mujeres; la historia ha conservado en sus anales esta frase suya: *Temo más á la maldición de la más ínfima mujer, que á todos los ejércitos de los moros.*

Fernando III fué digno hijo de Berenguela la Grande, de esa famosa reina que ha inspirado páginas brillantes, grandes elogios á cuantos han hablado de ella. Hállase sepultada en la histórica y monumental Burgos, en el coro del monasterio de las Huelgas, fundado por su padre Alfonso VIII en memoria de la batalla de las Navas de Tolosa. En dicho coro se encuentran, entre otros cadáveres de personas reales, el de Doña Leonor de Inglaterra, el de una hija de San Fernando, el de Doña Margarita de Austria, el de la infanta Doña Blanca, el de Doña Urraca, reina de Portugal, y los de las infantas Doña Mafalda, Doña Sancha, Doña Leonor y Doña Catalina.

Todos los pensadores están de acuerdo en la creencia de que las madres infunden en sus hijos las virtudes y los defectos que ellas poseen; por eso se apresura el gran poeta Heine á demostrar que su madre no es responsable de las excentricidades que él cometió.

Transcribiré sus mismas palabras: Mi madre—

dice Heine,—era una mujer instruída y muy inteligente, que leía cuantos buenos libros se publicaban, y educaba á sus hijos por sí misma. Su razón y sus sentimientos eran la esencia de la santidad, y no fué de ella de quien heredé mi afición al romanticismo y mis gustos fantásticos. Tenía un verdadero miedo á la poesía; me quitaba todas las novelas que me veía en las manos; no me permitía jamás frecuentar los espectáculos ni quería que yo tomara parte en los juegos de mis condiscípulos; me vigilaba en todo, reñía á los sirvientes que contaban delante de mí historias de espectros, y hacía, en una palabra, lo posible para apartarme de toda superstición y de toda extravagancia.»

La educación que se recibe en el hogar honrado es la que debe influir siempre en nosotros; las escenas que allí vemos no debieran borrarse nunca de nuestra memoria.

Una tía de Rousseau, que cantaba junto á la ventana del cuarto de éste, al ocuparse en sus labores, inspiró al precoz niño su afición á la música.

La madre de Rousseau, que era muy culta y había hecho estudios literarios, le transmitió al amamantarlo en su seno esa predestinación á las cosas

del espíritu y esa valiente sensibilidad del alma, que forman el fondo del carácter del elegante escritor. La madre de Rousseau había recibido de la naturaleza un espíritu delicado, y de su padre un espíritu muy culto. Esta mujer descendía sin hipócrita vergüenza á las más humildes funciones del hogar, entregándose simultáneamente, sin ninguna pretensión, á las más sólidas y elegantes lecturas de la vida estudiosa. Desgraciadamente murió esa gran mujer antes de haber podido inspirar á su hijo todas sus virtudes. El padre de Rousseau, que había dejado á su esposa joven, bella y sola en Ginebra para hacerse relojero del serrallo en Constantinopla, infundió sin duda á su hijo su afición á las aventuras y al desorden. Estas dos filiaciones hicieron más tarde de Rousseau un niño propenso á impresionarse, un escritor sublime, un soñador quimérico y un filósofo vicioso.

«No he sabido—dice él mismo,—cómo sufrió mi »padre la pérdida de mi madre; sé, no obstante, »que jamás llegó á consolarse de ella. Creía verla »de nuevo en mí, sin poder olvidar que mi naci»miento le había costado la vida. Jamás me besó »mi padre que no conociera yo en sus suspiros y en »sus abrazos convulsivos que un amargo pesar se

»mezclaba con sus caricias, no por ello menos »tiernas. Juan Jacobo—me decía,—hablemos de »tu madre. ¿Cómo, padre, ya vamos á llorar?— »exclamaba yo,—y estas solas palabras le arran»caban lágrimas. ¡Ah! decía gimiendo, devuélve»mela, consuélame de su pérdida, calma el vacío »que ella dejó en mi alma. ¿Te querría yo tanto »si no fueras hijo suyo?»

«Mi madre había dejado novelas: mi padre y »yo las leíamos después de cenar. Primero sólo »se trataba de ejercitarme en la lectura con libros »amenos, mas en breve el interés se hizo tan vivo, »que leíamos uno tras otro sin descanso y pasá»bamos las noches en esta ocupación. Creo que »los libros nos parecían mejores porque habían »sido escogidos por aquella inolvidable mujer.»

¡Cuán deliciosas son estas líneas de Rousseau! ¡De qué modo sabe sacar interés de unas escenas íntimas que nada dirían á los seres vulgares! Un escritor semejante tiene que apoderarse indefectiblemente de los corazones y moverlos á su antojo, impeliéndoles hacia donde quiera.

Si Rousseau fué desordenado en su vida y hasta frío de corazón, es porque le faltaron en su infancia las caricias maternales. Si no hubiera muerto su madre, esta mujer superior le hubiera

modelado, haciendo de él una obra perfecta.

¡Cuán grande es el poder de las madres sobre los seres á quienes dan la vida!

¡Madres, corregid á vuestros hijos desde muy niños para que no se diga más tarde que os plagian vuestros defectos!

Hacedlos antes que sabios, buenos. ¡Procurad inspirarles todas las virtudes, practicándolas vosotras!

No hay sublime teoría que tenga en moral la fuerza del buen ejemplo.

Imitad á doña Berenguela la Grande que supo hacer de su hijo un hombre eminente, un ser útil á su patria y un santo.

CAPÍTULO V

La madre de Coriolano.

He perdido á mi hijo pero
Roma se ha salvado.

VOLUMNIA.

Las mujeres ejercieron más influencia en la república romana que en el imperio, porque cuanto más puras son las costumbres, mayor es la preponderancia de la mujer. En épocas de corrupción moral, poco ó nada valen las mujeres; en cambio cuando las virtudes brillan en un pueblo acreciéntase notablemente la importancia femenil.

La mujer debe dirigir todos sus esfuerzos á cautivar más los corazones que los sentidos; cautivando el corazón logrará largo reinado; sedu-

ciendo los sentidos sólo alcanzará efímero poder.

Procure la mujer sembrar virtudes si quiere cosechar respeto y consideración. Asentado su pedestal sobre los cimientos de las más severas virtudes, nada tiene que temer con tan sólida base: la más demoledora piqueta no le puede derribar.

La virtud, que es en los corazones nobles misteriosa atracción hacia el deber, en las almas elevadas sed insaciable de lo bello, en los seres privilegiados vehemente aspiración hacia el bien ó impulso instintivo, debe ser además sancionada por la razón, pues si los vicios y los crímenes son errores de cálculo, como dice muy acertadamente un filósofo, es preciso declarar que nos reporta grandes ventajas materiales y morales la práctica de la virtud. Así lo comprenden las madres dotadas de clara inteligencia, y por eso se esmeran en dar á sus hijos lo que vale más que la vida física, la triple educación moral, intelectual y social.

Es muy fecunda la semilla de la buena educación: la celosa madre que la derrame, gozará delicias inefables al contemplar la hermosa florescencia del corazón en que la vertió. Esta suprema felicidad la han alcanzado algunas mujeres extraordinarias que, por ser tan discretas como bue-

nas, realizaron portentosos milagros con el legítimo amuleto y el purísimo hechizo del amor maternal.

Entre las grandes mujeres que se destacan en la república romana, nadie ha podido olvidar á la madre de los Gracos, que inculcó á sus hijos una alta idea de la dignidad humana, alimentando el espíritu de éstos con los apotegmas de Zenón. Cornelia inspiró á sus hijos el amor á la gloria: como amaban mucho á su madre, por halagarla quisieron distinguirse, y lo consiguieron cumplidamente brillando en las virtudes, en las armas y en la elocuencia. Tan orgullosa estaba Cornelia de sus hijos, que prefería al glorioso título de hija de Escipión, el honroso renombre de madre de los Gracos.

Menos conocida que la madre de los Gracos es la madre de Coriolano. Intentaré hacer su semblanza, pues esta ilustre matrona romana es un tipo que conviene popularizar. Tan gigantesca es la personalidad cívica de esta mujer, que todavía no ha desaparecido entre las densas brumas de veintitrés siglos; aún se perciben claramente los rasgos de su fisonomía moral con el telescopio de la historia. ¿A qué debe la madre de Coriolano su famoso renombre? ¿Tenía gloria propia? No: la

celebridad de la madre de Coriolano es reflejada; la debe á su hijo, ó más bien al amor que supo inspirarle.

¡Oh, madres, cread grandes hombres y ellos os inmortalizarán!

La madre de Cayo Marcio, llamado por antonomasía Coriolano, quedó viuda cuando su hijo se hallaba en los albores de la vida, y ella sola le educó. A pesar de pertenecer á ilustre progenie, pues las ramas del árbol genealógico de los Marcios se extienden hasta Numa Pompilio, la madre de Cayo Marcio era muy modesta; tanto, que jamás hacía alarde de su aristocracia, ni ostentaba lujo alguno en su atavío: jamás hubiera inspirado las leyes suntuarias. Fomentaba en su hijo el desprendimiento hacia las riquezas, y consiguiólo de tal suerte, que cuando Coriolano ganaba una batalla jamás quería participar del botín; cedía á sus compañeros de armas los tesoros tomados á los vencidos.

Volumnia (1) se consagró á la educación de su

(1) Algunos historiadores denominan Veturia á la madre de Coriolano; pero según Plutarco, Moreri y Fenelón, se llamaba Volumnia. Shakespeare, en su magnífica tragedia Coriolano, la denomina Volumnia, cual Plutarco. Me atengo á este historiador.

hijo, abandonando las fiestas sociales y cuanto pudiera distraerla de la grata misión que se había impuesto. Vivía de la vida de Cayo, y tanto se amaban, que las dos existencias se fundieron en una sola.

Un día, exaltado el adolescente por los relatos de su madre, la preguntó lleno de bélico entusiasmo:

—Madre, ¿te agradaría verme coronado de encina?

—Sería mi suprema felicidad—contestó ésta.

—Yo te daré esa felicidad, yo alcanzaré gloria para tí; amo el combate, mi pensamiento se enardece al recuerdo de las batallas, yo volveré triunfante á tu regazo.

—¡Ah, querido hijo, cómo inundas mi corazón de ventura! Que los dioses te protejan. Yo ofreceré sacrificios á Marte y á Belona.

—Sí, sí, tú me verás coronado; los tesoros de Saturno (1) no valen para mí lo que una rama de encina.

Coriolano sintió siempre predilección por este árbol majestuoso, que, por su elevadísima talla y

(1) En el templo de Saturno se guardaban las arcas del Erario público.

el vigor de su tronco, es rey de los bosques. La encina estuvo siempre consagrada á Júpiter: emblema de la fuerza, tiene gran prestigio poético y tradicional. Los bosques de encina fueron los primeros templos de los galos y los escandinavos. Los griegos destinaron sus ramas á los vencedores en los juegos olímpicos, y los romanos á premiar las acciones heróicas.

No tardó mucho tiempo Cayo Marcio en ser coronado. En su época (siglo V, antes de J. C.) Roma se veia constantemente atacada por los pueblos circunvecinos.

Sus proezas le valieron grandes honores y entre ellos el sobrenombre de Coriolano, por haber conquistado la ciudad de Coriolos. Esta ciudad itálica, situada al S. O. de Roma, era la más importante que poseían los volscos. No quedan vestigios de dicha villa. Los romanos, como los griegos, eran aficionados á los congnomentos; á todo varón distinguido le aplicaban sobrenombre. Sotero significaba salvador, Euergetes, bienhechor, Calinico, distinguido vencedor, como Coriolano, vencedor de Coriolos.

¡Cuán hermoso es este bautismo de gloria!

La madre del célebre general romano experimentó el inconmensurable júbilo de verle coronado

de honores, y engalanado con la aureola del héroe.

—*Menor fué mi contento—decía ella—el día en que nació Cayo que el día en que le ví practicar un acto heróico.*

Esta frase pronunciada con vehemente exaltación nos revela el carácter de Volumnia.

Empero ¡ay! grandes sufrimientos reservaba el destino á la madre del invicto general romano.

Perteneciente éste á la alta clase de los patricios, tenía opción al consulado y debía esperar que por los numerosos servicios prestados á la patria sería muy apoyada su candidatura; mas no sucedió así. El héroe del lago Régilo, que atesoraba grandes cualidades, no carecía de defectos sin embargo, pues, aun cuando era el perfecto soldado que nos describe Catón, el estóico que desdeña las riquezas y los placeres, y justo y probo, poseía un carácter altanero é iracundo. No tenía don de gentes: con todo el mundo se manifestaba adusto, concentrado y despótico: la ternura de su alma estaba reservada á su madre. Ignoraba el arte de hacerse amar, por lo cual hasta los plebeyos que recibían beneficios suyos con prodigalidad, no se le mostraban adictos. La candidatura del vencedor de los volscos fracasó por

distintas causas, pero la principal fué por haberse opuesto á la ley agraria (1).

Propuso la abolición de los tribunos y los ediles, y se atrajo la antipatía de la muchedumbre. También contribuyó á que la plebe no apoyara su votación el haberse presentado en la plaza pública acompañado de los patricios y del Senado, que le hicieron una ruidosa y entusiasta manifestación. Décio fué uno de los tribunos que le acusó con más encarnizamiento. Los jóvenes patricios, que eran lo más floreciente de la ciudad, en vez de calmarle, le exasperaron; él se defendió con insultante arrogancia, y su destierro fué inevitable. No pudiendo soportar su carácter altanero la ingratitud de los romanos, ni su amor propio el ver desestimada su candidatura, dió cabida en su alma á la pasión de la venganza y ya sólo pensó en los medios de satisfacerla. Conociendo el odio que profesaban á Roma los volscos, pueblo que formaba una de las confederaciones del Lacio, resolvió unirse á ellos para sitiar á la ingrata patria

(1) Comprendia esta ley dos proposiciones que tenían por objeto, la primera, hacer partícipes á los plebeyos de todos los derechos civiles; y la segunda, repartir igualmente las tierras conquistadas á costa de la sangre de todo el pueblo, y usurpadas exclusivamente por los patricios.

que le condenaba al ostracismo. Al efecto, pensó en Tulo Aufidio, del cual estaba separado por la doble enemistad del odio personal y del odio político: éste podía ayudarle en su plan, porque imperaba entre los volscos y porque era impetuoso y exaltado.

Coriolano se disfrazó para penetrar en el hogar de Tulo sin que su gente le reconociera. Descubrióse ante Tulo y éste le interrogó con irritado acento:

—¿Qué pretendes? Tu presencia en mi casa es una provocación.

—No vengo como enemigo, quiero ser tu aliado.

—¿Acaso me necesitas?

—Yo no me acogería á tu hogar buscando seguridad y protección. ¿A qué había de venir aquí si temiera morir?

—Nunca temiste á la muerte, es cierto; mas no puedo adivinar tus designios.

—Pronto lo sabrás. Vengo á buscarte con objeto de tomar venganza de los que me han desechado, y la tomo desde el momento que te hago dueño de mí. Me adhiero á tus sentimientos contra Roma; te propongo pongamos á tu gente en armas contra esa ingrata ciudad.

—Cuenta conmigo, Coriolano.

—¡Oh! gracias por haberme apellidado así. Me he dejado despojar de todos mis bienes y honores, menos de este título que siempre consideré como el más glorioso.

Al terminar estas palabras los dos enemigos quedaron confundidos en estrecho abrazo.

Tulo fué muy cortés con el héroe del lago Régilo; cedióle el mando al frente de los volscos, y él ocupó un segundo lugar.

Coriolano estaba muy versado en las artes de la guerra; sabido es que la táctica militar dió á los romanos la supremacía política.

El oráculo de Ancio, donde recibían los volscos sus augurios, fué consultado por Tulo, y después de la aprobación del oráculo, todos se pusieron á las órdenes de Coriolano.

Gran terror sintió Roma á la vista de los sitiadores; Coriolano era un formidable enemigo. Acrecentaba la animadversión de los patricios contra la plebe por el desacato cometido en la altísima personalidad del héroe del lago Régilo; los agoreros y sacerdotes hacían circular fábulas que llenaban de espanto á los supersticiosos.

Las mujeres se postraban ante los dioses, sobre todo, ante Júpiter Capitolino, haciendo mil votos por la salvación de la patria. No hubo dios que

no recibiera ofrendas, y eran muchos los dioses, pues los antiguos pueblos itálicos tenían, cual los griegos, la manía de la divinización.

La primera orden que dictó Coriolano al atacar á Roma fué que dejaran libre paso á las mujeres y que fuesen respetadas.

Diferentes embajadores y los más distinguidos cuerpos sacerdotales, entre ellos los pontífices augures, quindecenviros y epulones, fueron enviados en nombre de la patria; mas sus preces se desestimaron.

Una ilustre dama romana llamada Valeria, hermana del célebre Publícola, muy considerada en la ciudad por sus méritos, reunió á lo más selecto entre sus amigas y se dirigió á casa de Volumnia, inspirada por una gran idea. Recibiólas afectuosamente y Valeria le manifestó que, conociendo la influencia que ejercía en su hijo, le rogaba en nombre de todo el sexo se pusiese al frente de sus amigas para pedir gracia al irritado general.

Así lo hicieron, llevando entre esa falange de ilustres mujeres á la esposa é hijos de Coriolano que vivían con Volumnia.

Dirigiéronse al campamento alentadas por dulces esperanzas y saboreando de antemano un triunfo que consideraban mucho mayor que el que

alcanzaron las hijas de los sabinos al traer la paz á sus padres y hermanos.

Presentáronse á Coriolano cuando éste se hallaba en el tribunal deliberando entre sus caudillos. Al divisar á su madre, se puso en pie con respetuosa actitud, é impuso silencio á los circunstantes, observando que ella quería dirigirle la palabra.

—Madre, ¿qué queréis?—preguntó azorado.

—La salvación tuya, hijo querido, y la de la patria. Tiemblo por tí, pues debes tener justamente irritados á los Penates (1), á los Argeos y á los Lares. Tiemblo también por la patria y vengo á pedirte depongas tu enojo contra ella.

—La patria ha sido muy ingrata para mí.

—Mi corazón se halla destrozado por las cien espadas del dolor. Si con mi muerte se salvara la patria, yo pediría que vuestros venablos, vuestras flechas y lanzas se enrojecieran con mi sangre.

—Madre, observa que me pides sea traidor á los que confiadamente se han puesto bajo mi mando.

—Sí, complicadísima es tu situación y apenas acierto con su desenlace. Te hallas entre dos trai-

(1) Los Penates eran dioses guardadores de la ciudad: los Argeos genios protectores de los barrios, y los Lares dioses del hogar.

ciones: yo te pido elijas entre las dos la menor. ¿Acaso hay algo más sagrado que la patria?

—Mi honor: en él confían mis aliados.

—¡Oh, hijo mío, cuán grande es tu desgracia! Si vences tu victoria es deshonrosa; si eres vencido, tus aliados han de insultar tu derrota. Las insidias y alevosías tuyas contra la patria son indisculpables: los volscos podrán obtener perdón de los dioses; tú, ciudadano romano, jamás lo obtendrás. Ruégote, por lo mucho que te amo, por lo que siempre me amaste, que abandones el cerco; si no lo haces, me verás morir.

Al oir esta desgarradora frase, Coriolano no pudo resistir más, y levantando á su madre, que se había prosternado, se arrojó en sus brazos confundiendo en ellos sus sollozos y lágrimas.

—Sólo por ti cedo, madre mía; la patria te debe su salvación. El triunfo es todo tuyo; en él no hay gloria para mí. La patria no perdonará jamás haber sido desatendida en sus ilustres representantes, y haber sido rescatada no por sí misma, sino por las lágrimas de una débil mujer.

Este glorioso triunfo de su madre costó la vida á Coloriano; los volscos, insurreccionados, le dieron una muerte cruel.

La patria no le tributó honores porque había

sido traidor: de las ciudades inmediatas recogieron su cadáver y le hicieron las honras fúnebres debidas á su alta gerarquía.

Quisieron colmar de ricos presentes á Volumnia, cual á las damas que fueron con ella á solicitar la paz, mas todas los rehusaron, pidiendo en cambio, que en el lugar donde Coroliano se rindió ante ellas se alzase un templo consagrado al triunfo femenil.

Las mujeres vistieron luto guardando diez meses de duelo. Los romanos adornaron lujosamente los altares de las diosas, como homenaje al sexo femenino que había triunfado del malogrado héroe.

Coriolano es un tipo altamente dramático, y por eso le han llevado á la escena autores tan eminentes como Shakespeare, Thomson, La Harpe y Sheridan.

La lucha entre el orgullo aristocrático ofendido, entre ese orgullo de raza, que no cede ni se doblega ante nada, el amor á la patria, los compromisos de honor contraidos ante todo un ejército enemigo de ésta, y las súplicas de una madre que no quiere ver manchado á su hijo con la sangre de sus conciudadanos, el conflicto entre todos estos sentimientos antitéticos, ha dado origen á si-

tuaciones trágicas de primer orden, á versos tan sonoros como vigorosos.

¡Grande es el triunfo del amor maternal haciendo desistir al guerrero de sus fieros instintos, haciéndole retroceder desde las murallas de Roma!

Hermoso fué el poder del amor filial, que se antepuso á todo, haciéndole obtener á Coriolano el triunfo más difícil de alcanzar, el triunfo sobre sí mismo.

¡Oh madres, vosotras sois la gran influencia moral y social!

Vuestro corazón es la gran maravilla del Universo; es el poderoso ariete que puede demoler las malas pasiones y derrocar el error; vuestro aliento es el soplo creador que vivifica y regenera, la palanca invisible que mueve el mundo. De vosotras reciben los hombres las grandes inspiraciones: ellos se agigantan por vuestra influencia.

Barnave dedica los últimos momentos de su vida á su madre, dándole gracias por haberle inspirado el valor que le anima y que le acompañará á la guillotina con serenidad.

Refiriéndose á la importancia de la mujer madre, en el orden moral y en el físico, ha dicho el gran poeta Leopardí:

Donne da voi non poco
La patria aspetta é non in danno e scorno
Delle'llumana progenie al dolce raggio.
Delle pupille vostre il ferro é il foco
Domar fu dato. A senno vostro il saggio
E il forte adopra e pensa e quanto il giorno
Col divo carro accerchia á voi s'inclina.

Tened presente, madres, el rasgo filial de Coriolano y creeréis en vuestro poder.

Ese rasgo ha sublimado á quien tantos errores cometió. Si Coriolano no ha sido absuelto ante la patria, en cambió todas las mujeres, y sobre todo, las madres, le han alzado un monumento imperecedero en sus corazones.

Coriolano amaba la gloria sólo por el placer que le causaba con ella á Volumnia.

Vosotras, ¡oh madres! sois las inspiradoras de los grandes heroismos.

Nada se resiste á vuestro poder.

Empleadlo con eficacia y recibiréis la recompensa de Dios y de vuestros hijos.

CAPÍTULO VI

La madre del rey de Portugal

I

NA de las reinas más interesantes de Europa es María Pía de Saboya, viuda de Luis I de Portugal.

La nación lusitana se enorgullece, y con justo motivo, de poseer esta reina.

Cuando reinaba en Francia Enrique IV, decían los sabios de la época con referencia á su célebre Margarita: *Ver la corte sin ver á Margarita de Valois, es no haber visto ni á Francia ni á la corte.* Nosotros podemos decir: «visitar á Portugal sin conocer á María Pía de Saboya, es no haber visto lo mejor de Portugal.» María Pía des-

lumbra por los encantos del espíritu, cual Margarita de Valois, y la sobrepuja en virtudes.

Angel de Caridad apellidará la historia á María Pía cuando haga su apoteosis; porque esta reina es para los desgraciados la blanca aurora que rasga encapotados horizontes, el astro que ilumina las nebulosidades de la existencia. En el alma de María Pía se albergan todas las virtudes; encanta como reina, entusiasma como madre y admira como mujer. Dedicada exclusivamente á los puros goces del hogar, divide su existencia entre el amor de su familia y la protección á los desventurados. Bajo su regio manto cobija al huérfano, al enfermo y al anciano. Ella tiene un bálsamo para cada herida, una gota de esencia para cada infortunio, un antídoto para cada dolor. Cuando se halla á la cabecera de un moribundo se transfigura y adquiere el aspecto de la esperanza ó la piedad, suavizando los últimos momentos del agonizante. Médico de las almas, su persuasiva palabra convierte al impío, destruyendo con su célica mirada el excepticismo del mayor ateo. Erige la caridad en religión, es apóstol del bien que nos lo hace amar, mensajero celestial encargado de inspirar la virtud.

Olvidada de sí misma para pensar en el desva-

lido, su paso por este mundo es una cadena no interrumpida de sacrificios y abnegaciones. La misión que se impone es una misión de paz y de amor. La madre de María Pía era una santa, y al volar al cielo debió difundir su alma en la de su hija, verificándose la transmigración de que nos habla Pitágoras. Con el último beso le inoculó todas sus virtudes.

¡Cuántas veces ha realizado este milagro el amor maternal!

María Pía heredó la santidad de María Adelaida. En la ilustre hija de Víctor Manuel, se han perpetuado las bondades de la reina Doña Mafalda.

La nieta de Carlos Alberto es digna de las glorias de su preclara estirpe. Hállase dotada de cualidades que la hacen muy superior; á la ternura de su corazón se une su exquisita sensibilidad y el valor proverbial en los príncipes de la casa de Saboya. Contrasta con una energía viril rara en el sexo á que pertenece, su dulzura, que se amalgama con la noble altivez de su heróica progenie. Su corazón templado para la lucha, no vacila ante el peligro: los portugueses la han contemplado serena y tranquila acariciando á sus hijos, cuando las balas rompían los cristales de su

palacio. Desafía la adversidad con la valentía de las antiguas heroinas. Aquella delicada figura es la enhiesta roca que el rayo no puede partir.

María Pía de Saboya, sentimental y reflexiva, semejase á la Haydée de Lord Byron, aquella poética mujer tan dulce y melancólica, que parece que sufre la nostalgia de un mundo mejor, aquella sublime mujer que vive soñando la perfección más ideal.

María Pía de Saboya, es venerada por sus muchas virtudes; pero lo que más la distingue es su gran corazón de madre, como lo prueba el hecho que voy á referir. El día 2 de Octubre de 1873 hallábase la familia real tomando baños en Cascaes; la Reina, que siente gran simpatía por el mar, se dirigió á Mexilhoeiro acompañada de sus dos hijos, y se acercó á la orilla del Océano. El mar estaba muy agitado aquel día, pero la hija de Víctor Manuel, que es muy intrépida, no dió importancia al temporal y siguió paseando por las márgenes del Atlántico. Cuando más distraidos se encontraban todos, una ola estalló á los pies de los Príncipes, arrastrándoles velozmente y envolviéndoles en sus espumas; ver esto la Reina y arrojarse tras ellos fué obra de un segundo; allí luchó con las olas que le arrebataban sus amados

hijos y los tres hubiesen sucumbido, si los gritos de terror que lanzaron algunas damas de la comitiva regia, no hubieran atraido á algunos marineros que, arrojándose precipitadamente al mar, pudieron salvarles.

Este rasgo, digno del heroismo de una madre espartana, conmovió extraordinariamente á las portuguesas, y desde entonces todas las madres han alzado en su corazón un altar á la reina María Pía, porque dicha señora representa el más alto ideal del amor materno.

Pareciéranse todas las reinas á la de Portugal, y no habría en el mundo un republicano. Si el secreto de no envejecer consiste en inspirar un amor inextinguible, si *On est jeune tant qu'on est aimé*, la reina María Pía disfrutará de eterna juventud, porque ella impera en todos los corazones por el amor.

Ya que he perfilado su alma, haré un ligero boceto de su belleza física.

La belleza de esta reina no depende de la corrección de facciones ni de la pureza de las líneas del semblante, porque tiene un origen más elevado; consiste en los reflejos que le presta la pureza de su alma y en los resplandores de la inteligencia que iluminan su rostro, dándole una expresión lle-

na de gracia y de movimiento, belleza que tal vez no comprenderán los seres vulgares, pero que seduce á las almas superiores. La majestuosa figura de la reina es elegante y esbelta; sus dorados cabellos le forman una aureola, su mirada es profunda y tierna, su sonrisa es dulce é ingenua y su expresión meditabunda. El angel de la melancolía extendió las alas sobre su frente imprimiendo en ella un tinte de tristeza que le presta gran encanto.

Hija de un pueblo artista, es natural que ame lo bello; el tiempo que sus sagrados deberes le dejan libre, lo consagra á cultivar el arte que inmortalizaron Fidias y Praxiteles.

Respirando la inspiración en las brisas de Italia y teniendo constantemente á la vista los modelos de la belleza, se grabaron en su fantasía imágenes poéticas que traslada al mármol fácilmente.

Las princesas de nuestros días no se contentan con poseer la aristocracia de la sangre; han comprendido que la aristocracia más valiosa es la del talento y por eso lo cultivan aplicándolo á las artes ó á las letras.

II

La aristocracia del talento es la verdadera aristocracia de nuestro siglo. En poco tenemos los nacimientos de preclara estirpe. Son estos un don debido á la casualidad, mientras que el talento cultivado supone aplicación, estudio, trabajo, perseverancia. Las princesas y las damas de alta alcurnia lo juzgan así, y prefieren un rayo de gloria á los esplendores del trono ó á las irradiaciones de una corona ducal.

Algo han influído las costumbres para que las mujeres distinguidas se decidan á escribir y á presentar sus trabajos artísticos en las exposiciones. A principios de este siglo, la mujer de talento que quería verter sus ideas al papel, se cubría con el antifaz del pseudónimo, mientras que hoy, la que tiene facilidad para comunicar al público sus pensamientos, se enorgullece de poderlo hacer.

Esto consiste en que á principios del siglo quedaba el recuerdo de mujeres que lo habían pospuesto todo á la pluma, creyendo tal vez de buena fe que el título de artista ó escritora las autoriza-

ba para romper con las tradiciones anexas al sexo femenino y con las preocupaciones que cada época impone. Con tales aberraciones, el título de escritora ó artista asustaba á la gente medrosa; en opinión de éstas ser artista ó literata era poseer una patente que permitía cometer las mayores rarezas, extravagancias y ridículas excentricidades. Entonces la escritora ó artista no tenía lugar definido en la sociedad, mientras que ahora es reconocida como miembro de una clase distinguida que marcha á la vanguardia del progreso.

La mujer *bas bleu* ha desaparecido desde que la escritora ó artista, conociendo claramente su misión, vive más en el hogar que en el club, porque ha comprendido que la mujer y la escritora es una dualidad que debe unificarse para que sea más encantadora. La artista ó literata de nuestros días que ha nacido en buena cuna, quiere ser antes que nada señora, y á este fin lo consagra todo haciendo frecuentemente el doloroso sacrificio de nivelarse con inteligencias inferiores para no distinguirse entre ellas ni levantar á su paso tempestades de odio.

La literata ó artista de nuestros días de alta clase, es completamente femenina en su vida privada; habla como todas las damas distinguidas,

recibe de igual modo, dirige las faenas domésticas, educa á sus hijos, y se viste con arreglo al último figurín. La literata de la época moderna conviene en que es más sensato doblegarse á la opinión, que desafiarla, y por eso se somete á ella.

La ridiculez inherente al nombre de autora se extinguió desde que aparecieron en la república de las letras damas distinguidísimas por su talento y educación, que honran con su nombre la clase literaria á que pertenecen.

Citaré algunas de ellas.

La reina de Rumanía, que publica bellas composiciones, ha sido admitida en la Academia de Tolosa, y entre todos sus títulos, de ninguno se vanagloria tanto como del de académica. Recientemente, ha pedido á un compositor sueco la ilustrada soberana, escriba la música para una ópera cuyo libreto ha tomado ella á su cargo. Isabel de Rumanía habla seis idiomas con perfección; pinta y toca el piano y el arpa y canta como una artista. La reina de Rumanía tiene gran popularidad y sus vasallos, que admiran su inteligencia y su belleza, la quieren mucho.

La exemperatriz Eugenia está terminando sus memorias, que serán tiernas, dolorosas y conmovedoras.

La reina de Inglaterra ha escrito el diario de su vida que debe tener mucho interés, porque es una mujer de gran talento. Su amada hija, la princesa Victoria, pinta con notable acierto.

Famosa se está haciendo en el mundo pictórico la princesa Scilla, que firma sus cuadros con el nombre de Ruffo.

La joven y bella condesa de Martel, hija de la condesa de Mirabeau, autora de buenas novelas, está dando excelentes dramas á la escena francesa. De una novela escrita por ella intitulada *Autour du mariage*, va á escribir un drama en cinco actos. La novela apareció firmada con el pseudónimo de *Gip*, circuló mucho en los salones aristocráticos por haberse publicado antes en *La Vie parisienne*, la curiosidad muy aguijoneada por el mérito de la obra, pudo descubrir que el autor era una alta dama que habitaba en un precioso hotel del boulevard Bineau, paseaba á caballo todas las mañanas en el bosque de Bolonia y era asidua concurrente á las carreras de caballos, sin dejar de ser á la vez una madre modelo.

La madre de Alfonso XII no ha cultivado las artes ni las letras; pero ha protegido á escritores y artistas. Con una generosidad, que ya es en ella proverbial, ha costeado diferentes publicaciones,

dando á la estampa obras importantes que pocas personas conocian, porque eran manuscritos archivados. A la munificencia de Isabel II, debemos el haber conocido el poema de Alfonso XI.

La infanta Isabel cultiva la música con gran éxito y posee conocimientos generales en la mayor parte de los ramos del saber. Con palabra elegante, correcta y fácil, como la tienen todos los Borbones, habla al geógrafo de geografía, al historiador de los sucesos pasados, al matemático de números, al poeta de versos, y al músico de armonías. La infanta Isabel atrae con su galano lenguaje, encanta con sus exactas apreciaciones acerca de todos los asuntos serios, y deleita con sus ingeniosos chistes; su fina sátira es tan elegante como punzadora.

Otra infanta de España, Paz de Borbón, hoy princesa de Baviera, brilla en el arte de Murillo y en el de Quintana. Ha publicado un tomo de versos en la casa de los editores Rivadeneyra, que revela la florida imaginación de la egregia poetisa. Su musa es la musa de la familia: léanse el soneto á su madre, los versos á su hermano Alfonso, á sus sobrinos, á sus muy amadas hermanas Eulalia é Isabel, y se podrá apreciar la exuberante lozanía de un talento claro y un alma llena de ternura.

El sentimiento religioso es también en Paz de Borbón fuente de inspiración: véase un fragmento de una poesía á la Virgen de la Almudena:

Hay seres en el mundo,
seres queridos,
que anhelo ver felices,
nunca afligidos.
¡Oh Virgen buena!
lo imploro ante tu imagen
de la Almudena.
Pero si en vez de flores
que ornen su frente,
espinas les reserva
la adversa suerte,
dí á Dios que cambie
todas mis alegrías
por sus pesares.

¡Qué hermosa abnegación descubren estos versos! ¡En ellos está fotografiada el alma pura de la dulce autora.

No se puede leer la despedida de la augusta cantora, dedicada á su hermano Alfonso, sin derramar lágrimas

Digna hermana de esta ilustre princesa es la in-

fanta Eulalia, distinguida acuarelista. Muchos de sus cuadros han figurado en diferentes exposiciones, llamando la atención muy especialmente, sus trabajos en el decorado de porcelanas.

La princesa Teresa Carlota Mariana Augusta de Babiera, sobrina de Maximiliano II de Baviera, es políglota y mujer de ciencia. La astronomía es uno de sus estudios predilectos: cuando hizo la ascensión al Vesubio, discutió con el gran astrónomo *Palmieri*, que habitaba entonces en el Observatorio, sobre el volcán.

Distínguese la princesa Alejandra, hija del rey de Dinamarca, como gran pianista, y consagra la mayor parte de su vida al estudio del divino arte.

La reina de Bélgica brilla por su ilustración.

Natalia, la joven y bella reina de Servia, es escultora, cual María Pía de Saboya. Esta reina, una de las más elegantes de Europa, cuenta con una popularidad semejante á la que tuvo María Teresa de Austria. Una grave enfermedad puso en peligro la vida de María Pía de Saboya y en aquellos dias críticos pudieron conocerse las grandes simpatías que tiene entre los portugueses. Era curioso el espectáculo que ofrecía los alrededores del palacio real, distante una hora de Lisboa. Muchas mujeres se pasaban el dia en los patios del

regio alcázar esperando recibir frecuentes noticias de la salud de la reina. En los voluminosos libros destinados á contener las firmas de los visitantes que se interesaban por la salud de María Pía, figuraban muchas cruces, letras sin terminar, rayas y diferentes signos que nada decían á primera vista y que, sin embargo, tenían gran significación. Eran los rasgos trazados por la mano de mujeres que carecían de toda cultura intelectual, pero que poseían gran corazón. A impulsos del sentimiento y movidas por gran afecto á su reina, habían trazado aquellos signos extraños, pero no indescifrables para María Pía de Saboya.

Cuando la historia se ocupe del rey de Portugal, enlazará siempre á su nombre el de su madre, porque María Pía de Saboya ha sido su educadora.

Esta ilustre mujer, que tan digna, tan majestuosamente ocupó un trono, es en la sociedad un modelo de elegancia; en la esfera del arte una artista distinguida; en el hogar una madre tierna y apasionada.

CAPÍTULO VII

La madre de Washington.

I

El héroe americano, el libertador de los Estados Unidos, el fundador de la más perfecta de las repúblicas, fué educado por su madre. Jorge Washington quedó huérfano de padre cuando contaba once años de edad, y desde entonces María Ball se consagró completamente á él logrando hacer del niño un grande hombre.

Para educar sus sentimientos recopiló máximas religiosas y morales en un cuaderno destinado especialmente á su hijo. Este lo aprendió de memoria, guardólo siempre con entusiasmo filial, y hoy puede verse todavía en los Archivos de Manuscritos de Mount Vernon.

Las virtudes austeras de María Ball formaron la rectitud, la entereza, el desinterés, el patriotismo del ilustre general. La sana razón, la serenidad y el espíritu de justicia que distinguió siempre al ínclito ciudadano de quien me ocupo, son un reflejo de las excelentes cualidades de su madre. Ella acostumbró desde la infancia á su querido Jorge á dominar sus pasiones, á carecer de necesidades y á bastarse á sí mismo. Cuidóse más de nutrir su alma que su inteligencia, le infundió la costumbre de meditar, le presentó libros de serias y sólidas lecturas, y se preparó á esperar todo lo demás de él. El libro, que alternativamente pasaba de las manos del hijo á las de la madre, era el de sir Mathew Hale titulado *Contemplaciones morales y religiosas*. Con tales lecturas templóse el alma del adolescente para las luchas de la vida.

La patria debe su salvador á María, pues cuando Washington, á la edad de quince años, quiso entrar en la marina real, su madre se opuso fuertemente, declarándole que quería trabajar con sus conciudadanos en beneficio de su tierra. La influencia de esta mujer hizo que América pudiese conservar á su regenerador.

Cuando le participaron el gran triunfo de su

hijo, no le ocurrió pensar en la gloria que éste había conquistado, y solo exclamó:

¡Loado sea Dios, la patria se ha salvado!

Siete años había vivido sin ver á su hijo, que se hallaba en la guerra; y cuando Washington pudo acercarse á Frederiksburg envió delante un correo para preguntar á su madre cómo quería recibirlo, y ella contestó:

Sola.

Esta lacónica contestación encierra todo un poema de amor. Al saberla Jorge se inmutó de alegría, y todos vieron con asombro y respeto al jefe de las tropas americanas dirigirse á pie y *solo*, á casa de su madre.

Cuando una buena madre sabe inspirar amor á sus hijos, ni la gloria ni la fortuna tienen el poder de entibiar por un instante el sentimiento filial. Para Washington su madre era antes que todo.

Un célebre español de nuestros días, que ha conquistado la gloria del literato y otra todavía más brilllante, la gloria del orador, jefe de un partido político que no se distingue por el sentimiento religioso, ha conservado creencias católicas, porque se las inculcó su madre. Cuando este hombre eminente, justamente declarado honra de España, habla de nuestra religión, rara vez la de-

nomina religión católica, complácese en decir: *la religión de mi madre.*

Con tanto entusiasmo, con tanta ternura la amó siempre, que cuando en el año 59 estaba siendo en el Ateneo de Madrid el encanto de todo el mundo con su elocuencia demostina y vivía respirando constantemente la embriagadora atmósfera del aplauso, al saber la muerte de su madre, cortó las conferencias que tan famoso le hacían y no volvió á presentarse en el Ateneo en todo el año.

Transcribiré un párrafo de lo que él decía después del suceso fatal y se comprenderá lo mucho que le impresionó: «El dolor, antes de mí desconocido, posee todo mi sér y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivía, se ha secado y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios sólo aciertan á murmurar oraciones, mi corazón á exhalar gemidos y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas que ha inundado mi espíritu, lavándolo de las manchas terrenales, esclareciendo mis ojos demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna

luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción, cada día más profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida para sembrar en el día del trabajo que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.»

Por estas líneas del distinguido hombre público á que me refiero, se comprenderá lo muy adherido que estaba á su madre. El torbellino mundanal no ha podido hacerle olvidar las oraciones que ella le enseñó.

Nada se arraiga tanto en nuestro corazón como las creencias de nuestra madre.

Otro escritor español contemporáneo, nacido en Aragón, nos ofrece en un fragmento de un libro suyo, la mejor prueba de cuanto dejo manifestado.

Dice así el conocido aragonés:

«Apenas creo en nada de lo que generalmente constituye la fe de los mortales; y sin embargo, mi devoción particularísima y especial por la Virgen del Pilar no desaparecerá sino conmigo, porque mi madre me inspiró el culto hacia esa Virgen.»

«Nosotros, los aragoneses antiguos y modernos, tenemos arraigada en el alma esta fe ciega en la

Virgen del Pilar, cuyo escapulario llevo yo en el pecho, á la par que escribo libre y desenfadadamente de cosas devotas.»

«No hay quien me quite de la cabeza que la Virgen del Pilar preside á todos mis actos. Quiero razonar sobre ello y no puedo. Me contradigo mil veces y discuto conmigo mismo sobre esta excepción que hago sin saber por qué. En mis aflicciones invoco á esta Virgen, el resto del santoral me es indiferente. Explíquenme este fenómeno filósofos y hombres de ciencia. Seguramente no hallarán razones: yo sí.»

«Mi madre me enseñó á rezar delante de la Virgen del Pilar. Desde muy niño me llevó al templo donde se venera, y me enseñó á amarla como á ella misma. Invocando su santo nombre, me dormía sobre su falda. Para enseñarme á ser bueno me puso el escapulario al cuello. Díjome que para evitar contrariedades en la vida, la llamara en mi ayuda. Figúrate — decía mi madre — que soy yo misma, y ámala más que á mí. ¿Quién va á discutir estas cosas?»

«Cuando, al engolfarme en las lecturas de Buchner, Maleschott, Schopenhauer y otros, quiero ser materialista, mis amigos íntimos me dicen: *¿Y la Virgen del Pilar?* Al oir este nombre, protesto de

todas las escuelas materialistas y me declaro vencido.»

Creedme, de madres profundamente religiosas, no nacen hijos ateos. Por eso Washington conservó siempre la fe en Dios. El Gran Americano ha sido uno de los gobernantes más virtuosos que han conocido los siglos. Cuando le reeligieron por tercera vez, no quiso aceptar la presidencia de la República, y contestó:

¿En qué se diferenciaría una República de una Monarquía con tan constante reelección?

Washington ha obtenido este epitafio de la posteridad: *El primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos.*

En un opúsculo de Guizot se encuentran estas frases: «Washington carecía de ambición, su patria le necesitó y él se hizo grande por servirla. Aceptó los cargos públicos más bien por deber que por gusto y hasta haciendo un penoso sacrificio. Las pruebas de la vida pública le parecían amargas; prefería la independencia de la vida privada y el reposo del alma al ejercicio del poder. Grande en todo, aceptó sin vacilar la fatiga que su patria le impuso, sin que jamás tratase de aliviar su peso.»

Fué tan sabia la política de Washington, que

es conocida entre los hombres de Estado con el título de *política del justo medio.*

Adorador de la justicia, nunca tomaban parte en sus determinaciones ni el amor propio, ni rutinarias teorías, ni rivalidades de ningún género.

Sus actos tenían un carácter verdaderamente independiente, no obedecían á ningún sistema.

El amor á la verdad era tan grande en él, que perdonaba más fácilmente un crimen, que una mentira. Su madre le había dicho cuando era niño, que mentir era ser cobarde, y desde entonces aborreció el engaño.

Refiérese que una vez, jugando en el jardín de su casa con otros niños de su edad, tronchó un hermoso arbusto de mucho valor. Cuando su padre se enteró del destrozo armóse de un látigo para azotar al autor del delito y se dirigió á los criados exigiéndoles le mostrasen al culpable. Todos temblaban al ver al amo de la casa encolerizado; Jorge Washington huyó en el primer momento de la presencia de su padre; pero de súbito le vino á la memoria aquella frase que su madre había pronunciado solemnemente, *la mentira es cobardía,* y al recordarla, buscóle, y le dijo: *Yo he tronchado el arbusto.*

Si todas las madres educaran á sus hijos en la

más severa rectitud, en el más inflexible deber y en la más pura moral, el tipo de Washington se multiplicaría. Souvestre denomina á tan excelente mujer «heroína de las virtudes modestas, cristiana espartana». María Ball estaba tan orgullosa de los méritos de su hijo que, antes de morir, ordenó no pusieran sobre su tumba otra inscripción que esta sencilla frase:

MARÍA, MADRE DE WASHINGTON

Cuando Jackson, Presidente de los Estados Unidos en 1833, fué el día 7 de Mayo á colocar la primera piedra para levantar un monumento sobre la tumba de esta gran mujer y leyó el breve epitafio, exclamó:

No podían haber escrito sobre esta piedra mayor elogio; son cuatro palabras que harán latir siempre nuestros corazones.

El sucesor de Washington pronunció una oración fúnebre que enaltecía tanto al hijo como á la madre.

¡Benditas sean las madres semejantes á María Ball!

¡Honor y gloria á la memoria de la madre de Washington!

II

Otra mujer ejerció también directa influencia en la vida de Washington y no debemos omitir su nombre: esta mujer fué Marta Dandridge, su muy amada esposa.

Nótase la extraña coincidencia de que Marta y Washington naciesen en el mismo año, en 1732. El destino se complació en unir con mil lazos á dos seres que habían de amarse eternamente. Marta sentía verdadera pasión hacia Washington, y era correspondida con igual ternura. ¡Cuánto se equivocan los que creen que los guerreros no saben sentir! En el corazón del héroe americano vibraban todas las fibras de los más delicados afectos; el invencible en los campos de batalla, se prosternaba en los altares del hogar.

Eran tan sobresalientes las virtudes de Marta, que otro hombre menos grande que Washington pudiera haber dicho, imitando á Marco Bruto: *¡O Numi! Concedetemi di poter mostrarmi degno marito di una moglie cosi grande.*

A pesar de que el exaltado cariño de Marta la

impulsaba á retener á su marido al lado suyo, cuando llegaron los momentos en que éste hubo de luchar por la libertad de su patria, sostúvole ella en el cumplimiento del deber, siendo su buena consejera.

De una carta de Washington dirigida á la cariñosa compañera de su vida extractamos estos párrafos: *He querido evitar el nombramiento que me eleva á la presidencia, no sólo porque me priva de los placeres de la vida doméstica, sino porque encuentro este cargo superior á mis fuerzas. Sin embargo, siento en mi conciencia una voz que me dice estoy llamado al cumplimiento de algo bueno, y no debo retroceder. ¡Dios me ayudará en tan gran empresa! Me es dolorosa vuestra inquietud; apelad á vuestra fortaleza, tratad de pasar el tiempo lo menos mal posible, y pensad que al sacrificaros por mí os sacrificáis por la patria.*

¡Cuán bella ternura varonil encierran las anteriores líneas!

Viendo Washington en una ocasión que se prolongaba demasiado su ausencia, invitó á Marta á que fuera al campo de batalla. La invitación fué aceptada con entusiasmo, y la presencia de Marta alegró mucho al gran general. Marta estuvo siempre á la altura de su posición oficial, y á la altura

de las circunstancias. Presidía en el cuartel general con dignidad y valentía.

En el crudísimo invierno del año 1788, en que se hallaba el cuartel general en Vally Forge, soportó con gran valor los rigores atmosféricos: las tropas se alentaban al verla tan fuerte. Marta puso en moda, en su época, la costumbre de que las mujeres acompañasen á sus maridos en el campamento.

Uniéronse á ella para practicar actos de amor y caridad, distinguidas señoras, entre éstas lady Stirling y lady Knos, esposa del valiente General Knos.

Al concluir Washington una campaña, enviaba un edecán para que acompañase á Marta al cuartel general. Nadie la llamaba por su nombre; denominábanla *lady Washington*, queriendo tributarle un homenaje al hacerlo así.

Cuando el patricio americano aceptó el poder, Marta brilló al lado del Presidente como dama de salón y mujer del hogar. Daban modestas recepciones los viernes, de ocho á diez de la noche, y Washington se hallaba siempre en ellas. Estas recepciones carecían del carácter brillante que tienen en las cortes europeas, pero no eran vulgares. Marta, aunque modesta, tenía gustos elegantes y distinguidos.

Asistían á dichas reuniones, casi familiares, hombres serios é importantes. En una de esas tertulias oyóse decir á Marta esta frase: *Debo á la bondad de mis amigos que mi nueva situación no sea una carga para mí*; lo cual indica que Marta no se deslumbró nunca con su posición.

Washington y Marta tenían predilección por la vida campestre; el General americano recreábase con los estudios agrícolas.

Próximo á espirar su período presidencial, exclamó: *Veré con gusto la aparición de mi sucesor*.

Retirado Washington á la vida privada, que tanto apetecía, pensó en hacer erigir un panteón para su familia en Mount Vernon, su lugar predilecto. Cuando querían disuadirle de que pensara con tan gran insistencia en su sepulcro, contestaba con melancólica dulzura: *Me urge, lo necesito para descansar*.

Una laringitis aguda acabó con la existencia del héroe americano en el día 14 de Diciembre del año 1799. Cuando Marta le vió espirar, dijo á los amigos que la rodeaban: *Mi misión ha concluído: pronto le seguiré*.

Estaba Marta tan adherida á Washington, vivía tanto de su vida, que, al perderle, creyó tam-

bién morir. Sólo dos años pudo sobrevivir á su marido esta amantísima esposa ejemplar.

La mujer enamorada se adhiere á la vida de su amado, como las enredaderas del bosque á la añosa encina, que viven de su savia, respiran el mismo ambiente, las abriga el mismo sol, las cobija el mismo cielo, y sólo puede separarlas el rayo.

¡Cuán injustos son los que anatematizan á la mujer, á la mujer que es una criatura toda bondad y amor!

Los detractores de la mujer son los que menos la conocen; por eso la impugnan.

La mayor parte de las veces, las opiniones emitidas por los hombres acerca de la mujer no están arraigadas, los hombres se dejan arrastrar por la vanidad, y nada les importa sacrificar al sexo hermoso mientras ellos puedan lucir un sofisma brillante, un epigrama ingenioso, un agudo retruécano, ó una sátira de efecto.

Viene en estos momentos á mi memoria un soneto de Lope de Vega, que voy á citar en apoyo de lo que digo.

Dice así:

Es la mujer del hombre lo más bueno,
y locura decir que lo más malo,
su vida suele ser y su regalo,
su muerte suele ser y su veneno,
Cielo á los ojos cándido y sereno,
que muchas veces al infierno igualo,
por raro al mundo su valor señalo,
por falso al hombre su rigor condeno.
Ella nos da su sangre, ella nos cria,
no ha hecho el cielo cosa más ingrata;
es un Angel y á veces una Harpía,
Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
y es la mujer al fin como sangría,
que á veces da salud y á veces mata.

Estos versos no encierran ningún pensamiento digno de tomarse en serio, ninguna idea filosófica. No tienen más objeto, que demostrar una facilidad suma en el juego del idioma.

Son absurdas las increpaciones que por sistema se dirigen á la mujer.

El mejor de los amantes entrega una parte de su corazón á la mujer que ama, y otra á su ambición; la mujer entrega su corazón sin dividirlo. El hombre está dotado de un corazón para amar á la mujer; ésta le ama á él con cien almas.

Inclinémonos con respeto ante la memoria de Washington, porque fué un hombre que supo amar.

Los hombres, al hablar del eximio patricio, dirán siempre: saludemos al gran reformador, al gran ciudadano, al sabio político, al héroe; las mujeres tiernas exclamarán: saludemos con entusiasmo el recuerdo de esa gran figura, grande para nosotras, porque fué un hombre sensible, y un hombre fiel al amor.

No os asombre tal razonamiento; las mujeres pensamos con el corazón.

Washington murió alentando las dulces esperanzas del cristiano.

Marta fué enterrada al lado de él, en el panteón de familia construído en Mount Vernon.

La historia ha hecho justicia á Washington, á su madre y á su esposa.

¡Saludemos con veneración la memoria de estos tres seres, tan probos, tan dignos, tan rectos, tan superiores!

CAPÍTULO VIII

La madre de Napoleón.

La madre de Napoleón era una mujer dotada de gran iniciativa y de firme voluntad; para nada encontraba dificultades; por eso Napoleón, que heredó algo del carácter de su madre, amó siempre la lucha con lo imposible.

Madame Bonaparte educó á su hijo muy sériamente, sin ninguna de las debilidades en que á muchas madres les hace incurrir la ternura. Su alma grande ni se exaltaba por la fortuna ni se abatía por las vicisitudes: parecía haber sido educada en la escuela de un estóico.

Napoleón la quería con delirio; al hablarle de su madre se entusiasmaba. Complacíase en recor-

darles á sus amigos rasgos de su carácter, detalles de su vida y sucesos de su hogar.

Michelet, en su *Historia del siglo XIX*, dice que María Leticia al educar á su hijo le inoculó todos sus sueños y aspiraciones.

Madame Bonaparte, que nunca se deslumbró ni se embriagó con los triunfos de su hijo, ayudó á éste á soportar sus desventuras. Guardó siempre con más escrupulosidad su dignidad de madre que su dignidad de reina.

Madame Bonaparte, que era gran amazona é intrépida hasta la temeridad, se vió una vez en uno de los mayores peligros que puede verse una mujer, y lo arrostró con gran bravura. Paseando un día á caballo, pidió á las personas de su comitiva le trajeran á su hijo José para darle de mamar. Mientras lo oprimía contra su seno descuidó algún tanto las riendas de su caballo y éste se desbocó, yendo á parar dentro de un caudaloso rio. Los cortesanos que la seguían decíanle á gritos saltara de la silla y se dejara arrastrar por la corriente; pero comprendiendo que en esta maniobra si ella se salvaba podía perder á su hijo, luchó contra el temporal sin soltar de sus brazos al niño. El peligro era inminente; dos hombres se echaron á nado para salvarla y, ya cerca de ella, le decían

que soltase al niño que ellos lo recojerían; pero la madre no les hizo ningún caso, redobló sus esfuerzos, contempló su próximo fin, asida al tierno infante, hasta que en una evolución del caballo é inspirada por su valor, hizo una nueva tentativa y salió á la orilla entre las entusiastas aclamaciones de los que la contemplaron. Ya en tierra, su primer cuidado fué averiguar el estado de salud de su hijo y para nada se ocupó de sí misma.

El Gran Capitán de la edad moderna respetó mucho á su madre; pasados los primeros momentos de la viudez de ésta, le escribió Napoleón una carta muy cariñosa, en la que se lee el siguiente párrafo:

«Hoy, que el tiempo ha mitigado los primeros « transportes de mi dolor, me apresuro, madre que- « rida, á ofreceros mi apoyo, todos los consuelos « que me sugiera mi afecto hacia vos y la más ciega « obediencia. Me complazco en consagraros un « testimonio de gratitud por vuestras bondades; « gracias, mil gracias, madre mía, por lo mucho « que os debo. ¡Ojalá pueda resarciros con mi « afecto del amor que os falta desde que ha muerto « vuestro esposo tan querido.»

Algunos críticos le han censurado á madame Bonaparte su afición á economizar, esa afición que

dicen rayaba en la avaricia; pero otros la disculpan asegurando guardaba todos los tesoros para salvar á sus hijos en situaciones difíciles. Hásele criticado también su desprecio á la etiqueta, su poco cuidado para las fórmulas regias y su excesiva sencillez. Madame Bonaparte hacía en verdad una vida patriarcal consagrada completamente á sus hijos; mas ¿se le debe censurar á una mujer el que sea *muy madre*, aunque por serlo descuide las exigencias que impone el trono?

Una vez le daba quejas Napoleón por la preferencia que tenía por Luciano, y ella le contestó en un arranque de ternura: «Al más desgraciado de mis hijos es al que más quiero.»

Esta elocuente frase solo puede brotar del corazón de una madre.

Mientras Napoleón permaneció en Santa Elena amarrado á la roca cual otro Prometeo, las dulces, reflexivas y consoladoras cartas de su madre, suavizaron sus acerbos dolores morales.

¡Oh, la influencia de una buena madre es poderosísima! Una buena madre es una bendición del cielo.

Juan Randolph, el gran estadista americano, conservaba tan respetuosamente los recuerdos de su infancia, ligados á su madre, que dijo una vez

en un círculo de amigos: «Yo hubiera llegado á ser ateo si no recordara á cada instante que mi madre me hacía arrodillar y cruzar las manos para rezar el Padre Nuestro.»

De Maistre habla mucho de su madre en sus cartas y en sus libros, exclamando: «La nobleza del carácter de mi madre, hace que todas las mujeres sean para mí sagradas.» Cuando fué embajador en San Petersburgo regulaba su vida según los consejos de su madre.

Samuel Johnson, á pesar de su rudeza, fué siempre muy tierno para su madre y afirmaba que de ella recibió las primeras impresiones religiosas, que no pudieron extinguirse en su corazón en la edad madura. Johnson pasó grandes penurias y en todas ellas no dejó de atender á los gastos que exigían las comodidades de que había rodeado á la que le dió el sér.

Los biógrafos de Cromwell hablan con admiración de la madre del gran Protector de Inglaterra; ella dotó á cinco hijos con el producto de su trabajo.

La madre de Canning era una irlandesa dotada de gran talento natural, y de gustos delicados; hacía admirar á su hijo todos los grandes hechos históricos, educándole en la escuela del honor y de la caballerosidad.

Wesley debió á las exhortaciones de su madre el buen juicio con que procedía en todas las cosas, ajustándolas á un principio y á un fin determinado. El método y orden que su madre le enseñó lo aplicó hasta á sus ideas filosóficas y fundó un sistema que se denominó *Metodista*.

En la vida de Gray, de Aimé Martín, de Thomson, de Scott, de Bulwer, de Southey y de Schiller, ejercieron gran influencia sus madres.

Ary Scheffer decía en una carta á su hija: «No olvides la frase que tenía tu abuela siempre en los labios: *Antes que todo el deber*.

Se cuenta la siguiente anécdota de la madre de Gounod, con motivo del estreno de la ópera *Safo*. Habiendo escuchado ya las dos primeras obras de su hijo, lo cual fué asistir á dos ovaciones, no quiso faltar á la primera representación de la tercera ópera, cual si presintiese que era el último estreno de las obras de su hijo á que podía asistir. Gounod, accediendo á los deseos de su madre, la llevó al teatro, colocándola en un palco que para ella había reservado, y recomendándola le esperase allí mismo hasta que, terminado el espectáculo, fuese á buscarla.

Acabada la representación, el joven maestro, después de dar gracias á los artistas y felicitar á

su eminente colaborador Emilio Augier, corrió á reunirse con su madre. Al llegar cerca de ésta encontró á Berlioz. Copiosas lágrimas corrían por las mejillas del severo crítico de *Les Débats*.

—¿Llora usted?—le preguntó Gounod.

—Sí, amigo mío—respondió Berlioz:—acabáis de hacerme sentir una de las mayores emociones artísticas que he sentido en veinte años.

Al decir esto intentó secarse las lágrimas, y el autor de *Safo* le detuvo las manos, diciéndole:

—¡No hagáis tal cosa! Dejad correr vuestras lágrimas, pues con ellas podéis proporcionarme la mayor de las alegrías.

—¿Cuál?

—Venid, venid conmigo; venid y mostrad á mi madre ese llanto. No cambiaría la emoción que le vais á proporcionar por todas las alabanzas que de mi persona hagáis en vuestra *Crónica Musical*. Berlioz, subyugado por la vehemencia y exaltación del compositor, se dejó conducir hasta el asiento donde se hallaba madame Gounod, esperando el momento de abrazar á su adorado hijo.

—Señora—le dijo el crítico—acabo de oir una obra que el mejor maestro firmaría con orgullo. Todavía me hallo conmovido por la emoción que

he sentido ante las bellezas musicales producidas por la mente de vuestro hijo.

Madame Gounod se esforzó por dominar sus sentimientos mientras se halló rodeada del público; pero, al salir los últimos espectadores, se arrojó en brazos de su hijo, y éste, ella y el crítico mezclaron sus lágrimas.

Gounod decía al día siguiente del triunfo á todos sus amigos, que solo por ver gozar á su madre anhelaba poseer inspiración.

¡Oh, la madre es la gran palanca que mueve el mundo!

Napoleón tenía razón al afirmar que el porvenir de una criatura depende de la madre. Este grande hombre, que amó mucho á la mujer que le dió el sér, comprendió la importancia de las madres; en una época en que Francia se hallaba decadente y desmoralizada, se le oyó exclamar: «Caminamos á un abismo insondable; si en Francia hubiera actualmente buenas madres, podríamos salvarnos.»

Napoleón tenía la convicción profunda de que sus cualidades eran el reflejo de las de su madre y sus defectos pertenecían sólo á él.

¡Cuánto idolatró el gran conquistador á su cariñosa madre!

Al pie de un retrato de ésta escribió: «Es digna de todas las veneraciones.»

Esforzaos, tiernas madres, en merecer frases iguales ó semejantes á la que Napoleón escribió al calce del retrato de Leticia Ramolino de Bonaparte.

CAPÍTULO IX

La madre de Schiller y la madre de Goethe.

Contemporáneos de Schlegel, Seckendorf, Einsiedel, Kenebel, Voigt, Muxus, Herder, Bertuch y Wieland, fueron Schiller y Goethe, los dos poetas más elegantes de Alemania. Schiller y Goethe, tuvieron madres ilustradas.

Catalina Textor, madre de Goethe, tenia muy buen gusto literario. Sus amigos la impulsaban á que escribiera para el público, pero ella no quiso hacerlo.

Isabel Dorotea Kodweiss, madre de Schiller, era una mujer estudiosa, sencilla, sin ningún género de pretensiones.

La madre de Goethe educó á sus hijos sin ayuda de maestros, creando para ellos apólogos, alegorías y fantásticas leyendas, en las cuales les ofrecía hermosos ejemplos que imitar, al propio tiempo que les recreaba.

La poética imaginación de la madre de Goethe hallaba esparcimiento en las eruditas conversaciones que sostenía con sus hijos.

El estilo fantástico de las obras de Goethe es el resultado de las aficiones de su madre.

Muy grande fué la influencia que Catalina ejerció en su hijo; ella misma la explica en estos términos: «Habiendo sido madre á los diez y ocho años de edad, he podido educar la infancia de mi hijo en plena juventud, lo cual nos ha aproximado más y más. Hemos permanecido estrechamente enlazados Wolfgang y yo porque hemos sido jóvenes al mismo tiempo.»

La madre de Goethe había leido mucho y bueno con gran aprovechamiento. Por eso, cuando la celebridad del autor del *Fausto* hizo que se ensanchara el círculo de sus amistades, Catalina recibía en su casa á personas tan eminentes como Lavater, Klopstock, Basedow, Wiland, Jacobi, Stolberg, Merch y otros, sosteniendo con ellos encantadoras conversaciones.

Uno de esos célebres hombres exclamó al conocerla:

«Ahora comprendo por qué ha llegado Goethe á ser lo que es.»

¡Qué hermoso elogio para la madre y el hijo!

Catalina estaba orgullosa de su Wolfgang.

Hallándose una vez en una fiesta pública, en un círculo de personas desconocidas, le preguntaron quién era, y ella contestó: *la madre de Goethe.*

Cuando se representaba alguna comedia de su hijo, únicas veces que iba al teatro, se agitaba tanto, que el día siguiente de la representación tenía que quedarse en cama.

La heroina de *Goetz de Berlichingen*, ese bello tipo modelo de buena esposa y buena madre, creación que ha dado mucha gloria á Goethe, es, según algunos biógrafos, un retrato de su madre.

Monsieur Lewes, asocia el recuerdo de Catalina á todos los triunfos de Goethe.

Madame la conseillére de Goethe, como denominaban á la ilustre, á la augusta madre del famoso poeta, solo era feliz cuando le hablaban de su hijo. En una ausencia de éste formó estrecha amistad con una encantadora muchacha de diez y nueve años de edad llamada Bettina Brantano, solo porque estaba enamorada de Goethe. La anciana y

la joven simpatizaban, á pesar de tener edad tan distinta, porque abrigaban la misma pasión, y nada aproxima tanto una criatura á otra, como el poseer los mismos sentimientos: la pasión dominante en estas dos mujeres era un ferviente culto á Goethe.

Las conversaciones entre la anciana y la joven acerca de la infancia de Goethe eran interminables. La madre de Goethe hablaba con tono muy solemne hasta del peral que el abuelo de Wolfgang había plantado el día en que nació el niño predestinado á la gloria. Los detalles de la infancia de Goethe eran referidos por su madre con la piadosa exaltación con que refiere un devoto la vida del santo de su devoción. Bettina fué célebre por su amor á Goethe: el genio tiene el poder de inmortalizar á cuanto se aproxima á él. Cuando Beethoven conoció á la apasionada de Goethe hablaron de éste; y el gran compositor encargó á Bettina le transmitiese sus ideas acerca del arte. Bettina tuvo la gloriosa misión de crear entre Goethe y Beethoven una afectuosa y sincera amistad.

Cuando Goethe quiso escribir sus memorias consultó á Bettina para que le diese datos acerca de su infancia; ésta pudo hacerlo fácilmente, porque la madre de Goethe había referido á la entu-

siasta joven cien mil veces todas las puerilidades de la niñez de su hijo.

II

No tiene menos parte en la gloria de Schiller su tierna madre, Isabel Dorotea Kodweiss. Era ésta una mujer vehemente, apasionada, adoraba á su hijo con exaltación y había adivinado que el pequeño Schiller tenía que ser gran hombre. Preocupada Isabel con la idea de que su hijo estaba llamado á ocupar un alto puesto, se esforzó en inculcarle la pasión al estudio, que ella sentía.

En efecto, cuando Schiller era muy niño aún, su madre buscaba los mejores versos y las más poéticas leyendas y se las leía procurando enardecer su imaginación. Rápidamente fueron transmitidos al niño los instintos poéticos de la entusiasta madre; y, cuando el gran historiador y dramaturgo se hizo famoso por sus baladas, complacíase en decir que muchos de los asuntos de ellas los había imaginado su madre, que él no había hecho nada más que retenerlos en la memoria y darles nueva forma al escribirlos.

Isabel Kodweiss poseía grandes conocimientos

que habia adquirido por sí misma, y los lucía sin afectación. Su talento era claro y sólido: su instrucción muy variada. Una exquisita sensibilidad la distinguió siempre, y alguna parte de ella heredó Juan Federico Schiller, que fué un hombre de corazón y de moralidad.

Schiller, dotado de una imaginación soñadora y de una naturaleza lánguida y melancólica, no inspiraba en los primeros años de su juventud ninguna confianza á sus profesores: le creían más idealista que práctico, más dado á la teoría que á la acción. Solía pasear mucho en el campo sumergiéndose en profundas meditaciones, que se convertían en voluptuoso deleite de su espíritu. La madre de Schiller le hizo leer muchas veces la Biblia y la Mesiada; la frecuente lectura de estas obras, unida á las exhortaciones de su madre, inclináronle un tanto al fervor religioso.

Hallábanse determinados sus padres á hacerle ordenar, cuando el Duque de Wutemberg, protector del joven Schiller, decidió enviarle á la Academia de San Carlos, denominada Academia de la Soledad, que se había fundado para formar en ella buenos soldados, médicos y magistrados.

Hiciéronle estudiar por orden superior la medicina: tal era el deseo de su protector; pero este

estudio le pareció muy árido y demasiado material: ofrecía gran contraste con su lozana imaginación. Ocultábase de sus compañeros para leer á los poetas é historiadores. Más de una vez le encontraron con obras de Plutarco ó de Shakespeare en las manos.

El Duque lo sacó de la Academia y le dió una plaza en un regimiento. Todos, menos la madre de Schiller, conspiraban en contra de sus aficiones literarias. Ya se resignaba á renunciar á las musas cuando contrajo amistad con Schubart; con el trato de éste se despertaron nuevamente sus gustos literarios y ya no quedó sofocada su pasión hacia la poesía. Salustio y el cardenal Retz fueron los autores predilectos de estos dos amigos.

La influencia de Schubart enfrió bastante la fe religiosa que habia inspirado su madre á Schiller: Schubart era ateo.

Schiller casó en el año 1790 con Carlota Lengenfeb, que pertenecía á una gran familia.

La obra maestra de Schiller es *Guillermo Tell*. Schiller es el poeta de las lindas y sentimentales baladas. Entre sus dramas merecen especial mención: *Los Bandoleros*, *Don Carlos*, *La Intriga y el amor*, *María Estuardo* y *Juana de Arco*. Su gran trilogía de Wallestein se representó en el

teatro de Weimar: la corte de Weimar obtuvo bajo la Regencia de Ana Amalia de Brunswich el renombre de *Atenas de Turingia*. Schiller tradujo á Eurípides y á Virgilio: escribió la *Historia de la Revolución de los Paises Bajos*, la *Historia de la Guerra de los treinta años*, un *Tratado de lo sublime* y una serie de cartas acerca de la educación estética del hombre.

Entregábase al estudio con demasiado afán en perjuicio de su salud; créese que su amor á aquél le hizo contraer una enfermedad de la cual murió.

En Schiller no se encontraba dualidad entre el escritor y el hombre: ha sido uno de los literatos más ingenuos en la expresión de sus pensamientos.

Cuando leyó sériamente á Kant, se transformó, y desde entonces hizo aparecer en sus escritos el triunfo de la parte moral del hombre sobre la material.

La Mesiada de Federico Klospstock, esa sublime inspiración que refiere la vida del Hombre Dios, salvó á Schiller del excepticismo que trataron de inculcarle algunos de sus amigos. *La Mesiada* fué su libro favorito: era el libro en que le había enseñado á leer su madre.

CAPÍTULO X

La madre de San Luis.

Hay muchas maravillas en el universo—ha dicho Bersot,—pero la obra maestra de la creación es el corazón de una madre.

Ninguna mujer ha podido aventajar á Blanca de Castilla en ternura maternal; y, sin embargo, se hallaba dotada de tanto carácter, que no tuvo débiles condescendencias para su hijo. Rodeóle de notables profesores y autorizó á éstos para que empuñasen la férula siempre que el príncipe mereciera castigo.

Sabios profesores tuvo San Luis, que robustecieron su inteligencia; pero la educación del cora-

zón, la debe á su madre. Blanca de Castilla cultivó en el alma de su hijo los más hermosos sentimientos.

Blanca había sido educada por su madre, por Eleonora, la hija de Enrique I, rey de Inglaterra, y conociendo el prestigio que ejerce una madre, cuando da á sus hijos la educación moral, sin influencias extrañas, no quiso renunciar á este placer.

Tienen tanta relación las inclinaciones nuestras con las de nuestra madre, que se atribuye el que madame Necker, madame Guizot y madame de Rémusat se preocupasen tanto por el porvenir de su sexo á que sus madres les hablaban siempre acerca de la necesidad de mejorar la educación de la mujer.

La madre de madame de La Fayette amó mucho la literatura y, aunque no escribió, inspiró á su hija la afición á este bello esparcimiento del espíritu.

Blanca de Castilla fomentó la instrucción pública é hizo que la protegiera su hijo Luis.

Parecía haber nacido Blanca para sembrar por todas partes la felicidad. Realizóse su matrimonio bajo muy buenos auspicios, pues fué prenda de paz entre Francia é Inglaterra, entre esas dos na-

ciones que habían vivido en guerra todo un siglo.

La muerte de Felipe Augusto hizo que subiera al trono Luis VIII y con él Blanca de Castilla.

Suscitáronse nuevas guerras entre Francia é Inglaterra, las cuales obligaron á Luis VIII á salir de la corte. Entonces quedó Blanca al frente de los negocios de Estado y empezaron á brillar sus buenas dotes para el gobierno.

El testamento de Luis VIII declaró á Blanca Regente del Reino y tutora de su hijo primogénito.

No podían soportar los franceses el ser gobernados por una mujer, y por una española: diferentes calumnias levantaron, tratando de eclipsar las virtudes de Blanca; pero esta gran mujer supo desdeñarlas con digna altivez.

El conde de Champagne, el de Boloña, el conde de Evreux, Hugo de Chatillón, Enrique de Bar, Lusiñan y Enguerrando de Cucí armaron múltiples intrigas, disputando la regencia á la princesa castellana.

Pronto demostró á los que querían amedrentarla, que tenía alma varonil: la bella española reunió un numeroso ejército y se puso á la cabeza de él en unión de su hijo, para hacer frente á los revoltosos y desleales barones que querían dispu-

tarle la tutoría ejercida sobre su muy amado hijo.

Terrible era la situación de Blanca de Castilla, en una época en que el derecho, la razón y la justicia caían ante un golpe de fuerza que todo lo arrollaba.

Blanca era muy piadosa, pero jamás se convirtió en fanatismo su piedad. Ella supo sostener en el fiel la balanza del poder espiritual y del poder temporal.

Tan pronto como Luis fué mayor de edad, su madre le hizo subir al trono; pero al recibir el cetro rogó á ésta continuara favoreciéndole con sus consejos.

Una grave enfermedad del joven monarca puso en peligro su vida, y habiendo atribuído su curación al milagro operado por un trozo de la Cruz del Salvador colocado sobre la cama del regio enfermo, cuando éste entró en convalecencia hizo solemne voto de combatir á los infieles.

Tres años empleó el monarca en sus preparativos para el viaje á Tierra Santa; antes de salir de Francia, declaró públicamente que dejaba á su madre al frente de todos sus reinos con amplias facultades para obrar según le conviniese.

Vigorosa, constante, enérgica y justiciera, Blanca de Castilla tuvo ocasión de manifestar más

de una vez, en el nuevo período de su reinado, que nadie se le imponía; firme en sus severas decisiones, libró á su abatido pueblo del dominio que querían ejercer sobre él algunos tiranuelos.

Los vicarios de la diócesis de París habían aprisionado en las cárceles de la Iglesia á algunos siervos, por no haber pagado un impuesto, y no solo les privaron de la libertad, sino que les abandonaron hasta el punto de dejarles sin ningún alimento. Súpolo la Reina y sintió contristado su corazón por la desgracia de aquellos infelices. Se dirigió al Cabildo con la moderación que la caracterizaba y pidió que, por consideración á ella pusieran á los presos en libertad para que se ganasen el sustento con su trabajo. Los capitulares ofrecieron la libertad de los cautivos: pero no lo cumplieron y hasta llegaron á decir que solo ellos tenían derecho de vida y muerte sobre sus siervos. En vez de mejorar la condición de los encarcelados, la hicieron más dura; y al saber la Reina tal encarnizamiento y tal crueldad, se fué con sus guardias ante las puertas de la prisión y las hizo derribar.

Blanca libertó á todos aquellos siervos de las onerosas cargas que pesaban sobre ellos, y tuvo

la bondad de indemnizar al clero con una cantidad de su peculio.

Mientras la Reina regía con gran acierto los destinos de Francia, su hijo no disfrutaba en Palestina de los favores de la suerte. Diezmado su ejército por las enfermedades endémicas y la prolongación de la guerra, que había agotado los víveres, llegó á quedar en poder del enemigo.

El espíritu de Doña Blanca no se abatió con estos peligros; reunió nuevas gentes, á las que concedió la roja enseña del cruzado, vendió todas sus ricas joyas, y enviando á Palestina hombres y oro, rescató á su hijo.

Los dolores que le causó la separación de éste y las duras cargas que imponia el poder en tan difíciles circunstancias, quebrantaron la salud de la Reina y murió sin tener el placer de estrechar en sus brazos á su amado Luis.

El presentimiento de Blanca de Castilla se cumplió: al marcharse Luis IX á Tierra Santa su madre le dijo que no se volverían á ver.

Luis IX respetaba mucho á Blanca de Castilla; siempre la denominó: *mi señora madre é incomparable reina.* Esta condujo al niño por las sendas del honor, y jamás se separó de ellas el hombre.

Luis IX fué el tipo de la caballerosidad más

refinada, de la mayor obediencia filial; guardó la fe conyugal y concedió á su pueblo una paternidad cariñosa. Fué casto, sobrio, probo, caritativo y religioso. La semilla de la virtud que la madre esparció en el corazón del niño germinó felizmente sin hacerse esperar mucho tiempo.

La madre—como dice Michelet—*es el ser más generoso que existe: cuando da su vida por aquel á quien adora, cree no haber hecho nada extraordinario. Ella encierra en sí misma, en su profunda pureza de madre, el sacrificio ilimitado.*

¡Dulce frase que debe nuestro sexo al tierno y elegante autor que tan bellas ideas ha vertido acerca de la mujer!

¡Benditas sean las madres que saben serlo!

CAPÍTULO XI

—

La madre de Pietro Cossa.

La madre de este insigne dramaturgo nació en humilde cuna, pero el célebre poeta ha sabido conquistar para ella un buen lugar en la posteridad. Pietro Cossa ha dicho que debe su gloria á su madre, y al decirlo le ha dado la inmortalidad.

La madre de Pietro Cossa no recibió instrucción alguna; mas había nacido dotada de clara inteligencia y de gran temple de alma.

Aun cuando nacida en la Roma moderna, pertenecía á la raza de aquella romana de la antigüe-

dad que inspiró á su hijo esta frase: *Madre mía, o non torneró a casa, o tornero pontefice.*

Tú serás célebre, hijo mío, había dicho al adolescente la buena madre que tanto se sacrificó por él.

Pietro y su madre se amaban tanto, que sus cartas semejábanse á las de los amantes. Ella apenas sabía firmar; pero sus garabatos los descifraba Pietro.

La carta de una madre es siempre inteligible para un buen hijo.

Tan dulces cosas decíanse el poeta y la madre de éste, que ellas nos recuerdan las famosas cartas de Sismóndi á su madre, en las cuales se hallan frases como las siguientes:

Voy á pasar una temporada contigo en el campo, madre mía; nos haremos independientes de la sociedad, nos cuidaremos uno á otro y nos repetiremos constantemente que nos queremos mucho. ¿Verdad, madre mía, que esta es la más dulce palabra que puede oirse?

Tales cartas parecen escritas por un enamorado á su prometida esposa. Semejantes á ellas son las que escribía Pietro á su amorosa madre.

Pietro Cossa empezó á versificar desde la más temprana edad; pero su gran pobreza no le permitía comprar libros de estudio.

Su más devoradora pasión era el teatro; y se veía privado de asistir á él por no tener medios para frecuentarlo. Viéndole su madre afligido por tal privación, determinó ponerse á trabajar para proporcionar á su hijo una localidad, cada vez que hubiese algún estreno en los teatros. La pobre viuda trabajaba con el mayor empeño, invirtiendo el precio de su trabajo en libros para su Pietro.

Cuando el inspirado joven empezaba á desenvolver su numen poético, fué acusado de unitario y liberal, teniendo que huir del Estado Pontificio. Siguió la madre al prófugo; y, no pudiendo trabajar ella ya porque se había quebrantado su salud, Pietro entró de corista en un teatro de segundo orden.

De peregrinación en peregrinación, llegaron á América, donde se convirtió el corista en actor.

¡Qué luchas, qué fatigas sufrió el expatriado!

Sin los consuelos que le prestaba su madre, hubiera sido víctima del mayor desaliento.

Caido el poder temporal el día 20 de Septiembre del año 1870, volvieron á Roma la madre y el hijo.

La fortuna empezó á mostrarse propicia con el poeta: al poco tiempo de haber llegado á Roma le nombraron profesor de historia.

En las horas que le dejaba libre la clase, escribió sus admirables obras tituladas: *Plauto*, *Mesalina*, *Nerón*, *Cleopatra*, *Juliano el apóstata* y *Rienzi*.

La madre de Pietro Cossa quedó compensada de todos sus amorosos desvelos, porque pudo presenciar los triunfos del poeta.

Cuando se ensayaba su famoso *Nerón*, dijo Pietro Cossa al primer actor: *Si no obtengo brillante éxito, lo sentiré por mi madre.*

Pietro Cossa fué aclamado por la muchedumbre después de la representación de su obra; es el autor dramático más brioso del moderno teatro italiano.

El laureado poeta murió en el día 29 de Agosto de 1881 á los cuarenta años de edad. Roma le hizo unas honras fúnebres dignas de un príncipe. Petroni y Alberto Mario pronunciaron oraciones fúnebres sobre su tumba.

El ataúd que encerraba sus restos mortales fué llevado en hombros por los actores italianos. Las actrices, vestidas de riguroso luto, caminaban procesionalmente derramando flores funerarias durante la travesía, presididas por Virginia Marini, que regaba el suelo con sus lágrimas. Virginia Marini se halló identificada con el dramaturgo por los lazos de la inteligencia y

los del corazón; ella cerró con amorosa piedad los ojos al moribundo preparando á su cadáver la apoteósis.

La vida de Pietro Cossa tuvo su parte novelesca y no faltaron en su muerte sucesos trágicos. Todo era original en este ser extraordinario. Refieren testigos oculares que hasta los elementos parecían asociarse al luto de Italia por la muerte del querido poeta romano. Cuando entró su féretro en la estación de Liorna, hasta donde le acompañó un pueblo inmenso y contristado, cayó un rayo sobre el vagón destinado al cadáver. El tren llegó tarde á Roma detenido por la tempestad; se colocaron los restos en una capilla ardiente alzada en la estación; descuidóse el encargado de cuidar las antorchas funerarias y una de éstas produjo el incendio de las colgaduras y de las infinitas coronas que, desde las playas del Mediterráneo hasta las orillas del Tiber, habían depositado las municipalidades y los miembros de todas las asociaciones artísticas y literarias y devoró la primera caja que guardaba el cadáver, llegando á penetrar el humo en la segunda. Reparados los destrozos del incendio, se verificó la conducción del cadáver el día 2 de Septiembre, desde las que fueron Termas de Diocleciano hasta el cementerio de Campo-

Verano, inmediato á la antigua basílica de San Lorenzo, donde descansan los restos mortales de Pío IX.

Pietro Cossa fué muy admirador de Calderón y dedicó hermosos versos al primer poeta dramático de España.

Cuando se le hizo el último centenario á Calderón de la Barca, Prieto Cossa, que era entonces concejal, se brindó á representar al Municipio de Roma en la fiesta literaria, mas no pudo realizar este deseo, porque una aguda enfermedad se lo impidió, y tuvo que ceder el anhelado honor á su amigo y Mecenas el duque de Torlonia.

El último drama que escribió Pietro Cossa fué *Silla*, y en él reserva el principal papel á su predilecta actriz Virginia Marini, como recuerdo de los triunfos que ambos alcanzaron en la representación de *I Napolitani*. Prieto Cossa se dedicó siempre al drama histórico; ha presentado á los personajes de la antigua Roma con la mayor exactitud.

Al hablar de Prieto Cossa debo dedicar un recuerdo á su madre, ya que ella tiene parte en la gloria de su hijo por haberle impulsado al estudio con cariñosa iniciativa, digna de ser celebrada en la pobre mujer que, perteneciente á la clase proletaria, no había podido recibir educación.

La madre del reputado doctor monsieur Lortet, que también pertenecía al pueblo, pues era hija de un obrero y mujer de un industrial, contribuyó, cual la de Pietro Cossa, á que su hijo alcanzara tan justa reputación. La madre de Lortet padecía una enfermedad nerviosa que nadie sabía aliviar, y en vista de la incompetencia de los doctores, fijósele en la imaginación la idea de que su hijo la había de curar. Al efecto, dispuso que estudiase Medicina, y para hacerle amar esa ciencia, resolvió estudiar el latín con objeto de conocer á los botanistas célebres y hablar con su hijo de ellos. Después de preparado por su madre en los primeros estudios, el muchacho fué á París y á Alemania, y cuando regresó á Lyón obtuvo numerosa clientela.

En una de las revoluciones que hubo en este país se lanzaron á la calle el hijo y la madre para curar á los heridos de los distintos partidos políticos. El doctor llevó una vida agitadísima practicando la caridad, y su madre le siguió por todas partes, asociándose á la santa misión que él se había impuesto. El doctor Lortet, lo mismo que Prieto Cossa, dejaron escritas entusiastas frases como testimonio del más vivo amor filial.

Un poeta mexicano, que es uno de los primeros

talentos que posee esa nación, ha expresado el amor á su madre en bellísimos versos, entre los que figura el tierno soneto que me apresuro á reproducir.

El eminente poeta Vicente Riva Palacio dice así:

A MI MADRE

¡Oh cuán lejos están aquellos días
en que, cantando alegre y placentera,
jugando con mi negra cabellera
en tu blando regazo me dormias!

¡Con qué santo embeleso recogías
la balbuciente frase pasajera
que, por ser de mis labios la primera,
con maternal orgullo repetías!

Hoy que de la vejez con el quebranto
mi barba se desata en blanco armiño,
y contemplo la vida sin encanto,

Al recordar tu celestial cariño,
de mis cansados ojos brota el llanto
porque, pensando en tí, me siento niño.

¡Cuán halagador es para la memoria de la madre del poeta el pensamiento que encierra este soneto en su último verso!

Porque al pensar en tí me siento niño. Tan generosa abdicación del hombre, queriendo convertirse en niño por el deseo de estar más cerca del regazo maternal, es un rasgo de sentimiento de primer orden.

Los mexicanos son muy buenos hijos: aun cuando hayan obtenido un alto puesto social, jamás se emancipan de la tutela materna; los mexicanos respetan mucho á la madre. No es extraño que así suceda en un pueblo donde el sexo hermoso es reverenciado. En otros países la mujer no es más que mujer; en México la mujer es diosa.

Jamás podrá haber monarquía en México, porque en México cada mujer es una reina.

Los mexicanos son nobles y caballerescos, cual los hidalgos de la Edad Media, valerosos y galantes cual los germanos, aquellos esforzados paladines que pelearon por la mujer. Esto no es extraño, porque los americanos son muy sensibles á la belleza: saben morir por la mirada ó la sonrisa de una hermosa.

CAPÍTULO XII

La madre de Fernando el Emplazado.

I

Con el sobrenombre de la *Grande* es conocida doña María de Molina, reina de Castilla y de León, y seguramente nadie fué más acreedora á tan glorioso título que la augusta esposa de Sancho el Bravo. Esta ilustre mujer es la figura que más se destaca en el cuadro de nuestra historia, iluminado por los últimos reflejos vespertinos del siglo XIII, y por los albores del XIV. Nacida entre dos crepúsculos, entre un ocaso y una aurora, vino á rasgar las densas nieblas que empañaban el cielo de la monarquía castellana. Próxima á zozobrar se halla-

ba la nave del Estado, y la inteligente reina sacó-la á flote, dirigiendo el timón con gran pericia y tomando los remos con mano hábil y vigorosa. Al morir Sancho el Bravo, hizo justicia á los méritos y virtudes de su esposa, nombrándola tutora y gobernadora del reino y del príncipe Fernando.

Imposible es hallar en los anales de ninguna monarquía situación más difícil que la del trono en aquella época. La corona de León y de Castilla era punzante cual si tuviese agudas espinas; el cetro de San Fernando abrumaba cual si su peso fuera agobiador. No podía ser más turbulento el estado del reino: la altiva y ambiciosa nobleza castellana, no contenta con sus prerrogativas, se hallaba en pugna con los reyes; los insidiosos infantes D. Juan y D. Fernando, tios del futuro heredero de la corona, luchaban entre sí y contra la reina gobernadora para disputarle la tutoría del reino: combates fratricidas se libraban entre los hijos de León y de Castilla; guerras sangrientas provocadas por los reyes de Aragón, Francia y Portugal asolaban los campos; y como si esto no fuera bastante, los moros andaluces contribuían á aumentar el conflicto y la desolación. Guerras intestinas en palacio, guerras civiles en Castilla y guerras con el extranjero.

No contaba doña María más que con la fidelidad de *Guzmán el Bueno*, héroe de la Edad Media, con la hidalguía de los concejos y con la adhesión de los caballeros de la corte, formada por prelados é hidalgos. Empero esta ínclita señora, llena de energía, de valor, de prudencia, de talento y resolución, defendió á su hijo contra las asechanzas de los pérfidos infantes D. Juan y don Enrique; se impuso á la nobleza; favoreció al pueblo haciéndose amar de él; dictó leyes, inspiradas en la más rigurosa justicia, y consiguió tener á raya á los enemigos de la patria y de la fe católica. Dotada de mucha instrucción, de sagacidad política y de gran táctica militar, dirigió más de una batalla; de doña María *la Grande* puede decirse, cual de Isabel la Católica, que manejó el cetro, la aguja y la lanza, con la misma desenvoltura.

En medio de tantos sobresaltos, que hubieran acobardado á un espíritu menos viril, se entregaba con plácida calma á la educación de sus hijos, especialmente á la del príncipe, preparándole para que fuese un buen rey.

Prolijo sería enumerar todos los grandes actos de tan excelente reina, y me limitaré á bosquejar los que más sobresalen. En días de gran

penuria para el Erario, le fué propuesta por D. Enrique y sus secuaces la venta de Tarifa; mas ella, secundada por Guzmán *el Bueno*, contestó denodadamente que jamás cometería tal infamia; que si eran necesarios fondos para la guerra, gustosa daría sus joyas, sus ricas vajillas y cuantos tesoros le perteneciesen. Verificólo, y sus platos de oro fueron sustituidos por platos de barro, demostrando su modestia, su generosidad y su amor á la patria.

Poseía tan gran valor, que en una ocasión, cuando todos se hallaban desalentados y le manifestaban que era inútil ir á defender el castillo de Lorca, ella contestó que se pondría al frente de los que quisieran seguirla para ir á socorrer la plaza. Realizó su intento sin vacilar ante los hielos de un cruel Enero.

Grande fué también su arrojo para entrar en Segovia; los insurreccionados no le querían franquear las puertas y tuvo que atravesar por enmedio de 2.000 hombres armados, á los cuales dominó con su ardimiento.

En uno de los diferentes motines urdidos por los revoltosos Haros y Laras, lanzóse entre los amotinados y les venció con su palabra. Más pueblos conquistaron sus virtudes y su elocuencia, que las armas de los caudillos.

La muy noble Valladolid fué su mansión predilecta. En esta ciudad residió casi siempre, porque, según ella decía, los valisoletanos le eran muy adictos y encontraba partidarios tanto en los *ricos homes* como en los plebeyos. En la época de doña María *la Grande* es cuando se halló más floreciente Valladolid, teniendo vida propia y verdadera importancia. A Doña María debió esta ciudad la exención de gravámenes onerosos y el haber obtenido diferentes privilegios. La muy leal é histórica Valladolid, la ciudad de los célebres concilios y célebres cortes, de las justas y torneos (1) guarda en sus anales recuerdos muy gloriosos. Es digna patria de San Pedro Regalado, de Felipe II. de Felipe IV y de Fray Gerónimo Gracian, el amigo de Santa Teresa de Jesús, considerado como uno de los clásicos del siglo XVI. En las márgenes del Pisuerga se celebraron las bodas de D. Pedro el Cruel con Doña Blanca de Borbón, se escribieron las partidas de Alfonso el Sabio, y se verificó la coronación de San Fernando. Allí vivieron Santa Teresa y Cervantes; murió Colón, subió al cadalso D. Alvaro de Luna, y estuvo preso en las

(1) Doña María de Molina premiaba con una banda azul al vencedor del torneo.

cárceles de la Inquisición Fray Luis de León, por el grave pecado de haber traducido en lengua vulgar el Cantar de los Cantares.

Doña María la Grande, que ejerció la doble regencia, pues muerto su hijo Fernando IV, regentó á su nieto Alfonso XI, continuó favoreciendo á su muy amada Valladolid, la cual engrandeció edificando templos, hospitales y conventos. Fundó las Huelgas y reedificó la iglesia de San Pablo, cuyo frontispicio es una perla del arte gótico y una de las joyas que con más entusiasmo conserva Valladolid.

Mucho más admirable debe parecernos esta reina, teniendo en cuenta la época á que pertenece. En la Edad Media la mujer no tenía iniciativa y era tan eterna la virginidad de su inteligencia como la infancia de su corazón. La situación de la mujer en la Edad Media no está definida claramente: ensalzada por unos y menospreciada por otros, fluctuaba entre la esclavitud y la glorificación. La caballería hizo la apoteósis de la mujer, y, al convertirla en diosa, ordenó á los caballeros se inmolaran en sus aras, el trovador la declaró musa de sus cantos y reina de su alma: el señor feudal, su esclava. Tan vasalla era para el barón de la Edad Media la villana nacida en sus domi-

nios, como la esposa descendiente de mansión señorial. La castellana de aquellos tiempos era una prisionera inconsciente guardada con llave de oro: deslizábase su vida entre el reclinatorio de la capilla, la tapicería del bastidor y la contemplación de su carcelero. La monótona existencia de las mujeres de aquellos días tenía idéntico fin: el claustro. Convento era el castillo, como lo era el monasterio. Se explica fácilmente tuvieran afición á la vida monástica: les parecía más noble ser siervas de Dios que esclavas del señor feudal. En esto no andaban equivocadas: además, en el claustro podían entrar por voluntad propia, mientras que para el matrimonio tenían que someterse ciegamente la joven de alto linaje á la voluntad de su padre, la plebeya al despótico capricho del señor.

Diferentes eran las ceremonias que seguían á la bendición nupcial, tomando la forma que les imprimían las costumbres de cada pueblo; pero todas esas ceremonias eran humillantes para la mujer. En unos pueblos, la esposa descalzaba al marido en señal de sumisión; en otros, al apearse del caballo ella le sostenía el estribo; en los más, la rueca figuraba como primer regalo del novio, aunque la desposada perteneciese á la nobleza.

Necesario le era un temple de alma muy extraordinario á la mujer de aquella época para emanciparse moralmente, para sacudir tantos yugos y absurdas preocupaciones. Esto lo consiguió Doña María de Molina, astro refulgente que iluminaba la prolongada y tenebrosa noche del sexo femenino en la Edad Media.

La madre de Fernando el Emplazado favoreció las letras, las artes y la industria; se impuso á sus enemigos con las dotes de su buen criterio y brilló por la ilustración en un siglo en que andaban escasos los elementos del saber, por no haberse descubierto todavía la imprenta.

La figura de esta reina, que goza de celebridad europea, ha sido magistralmente retratada en un drama de Tirso, titulado: *La prudencia en la Mujer*. Obsérvese cuán enérgicos son los acentos que pone en boca de la protagonista del drama el eminente poeta del siglo XVII:

«Si porque el rey es un niño
y una mujer quien le ampara,
os atrevéis ambiciosos
contra la fe castellana,
tres almas viven en mí:
la de Sancho, que Dios haya,

la de mi hijo que habita
en mis maternas entrañas,
y la mía, en quien se suman
esotras dos: ved si basta
á la defensa de un reino
una mujer con tres almas.»

No hubieran establecido los Francos la ley Sálica si hubieran conocido á esta ilustre reina: bien es verdad que favorece á nuestro sexo el que dicha ley haya sido dictada antes de la conversión de los Francos al cristianismo, es decir, cuando eran semi bárbaros

No, no hay inferioridad en la mujer; los dos sexos están dotados de iguales aptitudes intelectuales, y si no dan el mismo resultado es porque se aplican á distintos fines. En los pueblos en que se instruye á los niños y las niñas del mismo modo, admira la precocidad de éstas.

Nadie lo pondrá en duda: los órganos que más se ejercitan, son los que más se desarrollan; y la energía de las funciones del cerebro depende del ejercicio de éste. El hombre ejercita su inteligencia con el estudio, y el estudio la desenvuelve, la abrillanta y fertiliza, dilata las esferas del pensamiento. Sin el estudio la inteligencia quedaría atrofiada. Las mujeres que han recibido una edu-

cación superior, se han elevado á gran altura en todos los ramos y todas las situaciones. Si existieron reyes que gobernaron pueblos con pericia, también hemos tenido reinas que han regido naciones con admirable acierto.

Sorprendente fué la inteligencia de Amalasunta, para gobernar durante la menor edad de su hijo Alarico; la de Alisia de Champaña, madre de Felipe Augusto, para regir á Francia mientras éste marchó á Tierra Santa, y la de la hija de Jacobo II, cuyo reinado fué uno de los más gloriosos de Inglaterra. Hábil fué la política de Doña Berenguela, madre de San Fernando, y la de Doña Violante, esposa de Alfonso el Sabio. Inmensa la popularidad de María Teresa de Austria. Notable la energía de la hija de Enrique VIII de Inglaterra, que expulsó á todos los heréticos de su reino. Sobresalientes las cualidades de Cristina de Suecia para la administración.

Catalina de Médicis, reina de Francia, lo fué en circunstancias bien difíciles, brillando por su sagacidad para mantener el equilibrio entre católicos y calvinistas; las dos Catalinas de Rusia se distinguieron por su esclarecido talento.

Superior á las reinas precitadas, es la augusta madre de Fernando el Emplazado, la excelente

Doña María de Molina, apellidada por el pueblo *madre de la patria*.

II

No solamente regentó dos veces el reino la inteligente esposa de Sancho el Bravo, sino que ejerció la doble maternidad moral, educando á su hijo Fernando IV y á su nieto Alfonso XI.

Brillantes como sus talentos de reina fueron sus virtudes de madre. Habiendo quedado viuda en la juventud, la fama de su belleza y de sus méritos le atrajeron multitud de adoradores entre príncipes y reyes poderosos; pero ella cerró su corazón á los encantos del amor, para consagrarse al sacerdocio de la maternidad. Jamás el más leve lunar manchó sus tocas de viuda. Su luto fué tan sincero como el de Isabel de Portugal por Don Juan II, como el de la hija de Carlos V por Maximiliano de Austria.

Doña María de Molina antepuso á todo su amor maternal: puede ser testimonio de esta aserción, el siguiente hecho. Armaba diferentes escaramuzas el infante Don Enrique, hallándose descontento porque no podía conseguir la regencia de Castilla ó la tutoría del príncipe; la reina, para apaciguarle y

calmar una exaltación que perturbaba la tranquilidad de sus Estados, resolvió acceder á su petición. Al efecto, obligada por las circunstancias, concedió temporalmente á Don Enrique la regencia del reino; mas nunca la tutoría del príncipe.

¡Qué gran rasgo!

La mujer que abdicó de sus derechos de reina en pro de la tranquilidad pública, disputó enérgicamente á todo el mundo sus derechos de madre. Quiso ser la educadora de su hijo, mas éste no supo corresponder á tanto amor: extraviado por los consejos de Don Enrique y su partido, escuchó las calumnias lanzadas contra Doña María, y cuando subió al trono, se atrevió á pedir al canciller de la reina cuentas de la administración de sus intereses. Obcecado el ingrato Don Fernando llegó á cometer el incalificable desacato de militar contra Doña María, y esta señora, modelo de abnegación maternal, se retiró á llorar su desventura, haciendo jurar á sus partidarios que no se levantarían en armas contra su hijo.

Más tarde Fernando el Emplazado, arrepentido de sus errores y conmovido por la noble conducta de su madre, la colmó de filiales solicitudes, obedecióla ciegamente, y volvió á darle un puesto en su corazón. Al recobrar Doña María la influen-

cia sobre su hijo, empleóla en beneficio de su pueblo.

¡Oh, la dulce influencia de una mujer ilustrada y buena tiene más fuerza que una legión de combatientes!

Napoleón el Grande, que no fué galante con nuestro sexo y que por tener, cual Licurgo, la manía de la guerra, sólo vió en la mujer una *propagadora de soldados*, no desconoció, sin embargo, el poder femenil cuando envió á Varsovia á monseñor de Pradt, díjole: «Sobre todo, halagad á las mujeres.»

Nadie puede ejercer sobre un niño la saludable influencia que su madre; las ideas que la madre inocula con un beso en el cerebro de su hijo, son las más fructíferas, porque la cálida atmósfera del beso maternal, desarrolla velozmente gérmenes que no alcanzarían madurez sustentados por atmósferas artificiales.

La madre, indicada por la naturaleza como primer maestro de sus hijos, debe ser instruida: necesita saber Gramática para enseñarles á hablar; Higiene, parte importantísima de la Medicina, para conservarles la salud, porque es la ciencia de la previsión, porque es la lógica del cuerpo, como la Lógica es la higiene del alma; Filosofía, para

que les enseñe á pensar, como la religión les enseña á creer; Matemáticas, para la buena administración de los intereses de su casa; Historia, porque da mil años de experiencia en uno solo; Psicología, porque es la ciencia del alma. Con estos conocimientos elementales, podrá una madre definirle á su hijo el sentido de las palabras *patria*, *libertad*, *justicia*, *derecho*, *religión y deber*.

La naturaleza, que ha destinado á la mujer para la maternidad, también la dotó de especiales facultades para educar á sus hijos. Hay dos sabidurías, la de la inteligencia y la del corazón; la primera es adquirida, la segunda espontánea: ésta es la que poseen las mujeres en grado eminente.

Hazte digno de ser amado, decía una madre tierna á su hijo: tan profunda como sencilla frase, jamás hubiera asomado á los labios del más docto preceptor.

Estas cinco palabras encierran una nueva tesis de educación moral, mucho más provechosa que los mejores sistemas escolásticos.

La exquisita sensibilidad de la mujer le abre dilatados horizontes, le inspira grandes ideas que no contiene ningún formulario de educación, porque han brotado para su hijo y son exclusivas.

Hijo mío, hazte digno de ser amado. ¡Ojalá adoptaran todas las madres este sublime pensamiento, como decálogo religioso, civil y social!

¡Qué pura doctrina encierra!

¡Qué conmovedora elocuencia para predicar la moral!

¡Cuán bella forma para inspirar la virtud!

Los hombres dicen que no hemos inventado nada, y es que nuestros inventos son callados, no tienen resonancia porque no producen ruido como las máquinas de vapor, la pólvora y el cañón.

Escuche la mujer los impulsos de su corazón sin separarse de la vía del progreso, y será para sus hijos, no sólo una buena madre, sino una perfecta institutriz.

La mujer del siglo XIX sería menos lógica descuidando su ilustración que lo era la mujer de la Edad Media conservando su ignorancia. La mujer de la Edad Media, con su ignorancia suprema, no discrepaba de su marido, mientras que la mujer de este siglo necesita gran cultura intelectual para nivelarse con el compañero de su vida. En nuestros días la inteligencia del hombre y la de la mujer deben ser unisonas como las dos liras eólicas de que nos habla Aulo Gelio.

Procure la mujer recibir una educación igual á

la del hombre, porque así lo exigen las necesidades de la época y porque en esa armonía de educación estriba el acuerdo de los cónyuges.

En los antiguos tiempos de Grecia y Roma las matronas ostentaban el desaliño de la inteligencia porque las cortesanas se ilustraban. ¿Qué sucedió entonces? Lo que era muy natural; hastiado el marido en su casa por no encontrar amenidad, la buscó fuera de ella. En su esposa tenía una madre para sus hijos legítimos, una guardadora del hogar; mas como ésta no satisfacía sus aspiraciones espirituales, necesitó buscar una amiga para la voluptuosidad del alma, y la encontró en la hetaira.

La hetaira adquirió una importancia superior á la de la matrona. Ella inspiró á los artistas y poetas, y tanto por esto, como por su influencia sobre los legisladores, guerreros y políticos, ha sido denominada musa de la civilización griega.

La hetaira estudiaba filosofía, canto, oratoria y declamación; cultivaba las bellas artes y la literatura.

No es como la pallaka una cortesana vulgar que pertenece al público para el culto de los sentidos; la hetaira concede sus favores únicamente á sus elegidos, que deben pertenecer á la alta clase;

prodiga su belleza y sus encantos intelectuales á un solo señor; cuando éste le causa fastidio, lo sustituye.

La hetaira es la castidad en el vicio, el pudor en la corrupción, es una aristócrata del libertinaje, es la propagadora del amor libre; es la cortesana elegante, culta, distinguida y recatada, que no se postra ante Venus Afrodita, sino ante Venus Pithia (1): la hetaira es la poesía del pecado.

La hetaira pensaba, cual Ninon de Lenclos que, siendo muy largos los entreactos en la comedia del amor, es preciso romper la monotonía de ellos con el ingenio; y por eso se cuidaba más de las galas del espíritu que de las del traje.

Las matronas no comprendieron entonces que á la mujer no le basta ser buena, que necesita ser agradable: no supieron llenar las necesidades espirituales de aquellos grandes hombres y perdieron todo prestigio sobre ellos.

¿Qué amuleto, qué filtro, que talismán poseía la hetaira para hacerse amar?

La electricidad del pensamiento, el magnetismo del espíritu. Por eso Pericles, que ejerció durante cuarenta años un poder omnímodo en Atenas,

---

(1) Pithia, ninfa de la elocuencia.

reinó sin gobernar, pues Aspasia, tipo acabado de la hetaira, imperaba sobre él.

La hetaira fué la seductora sirena que, fascinando á los viajeros de la vida, no les permitía arribar al puerto del matrimonio.

Hallábanse tan dulcemente entretenidos los hombres con las Teodoteas, Lamias, Mirrinas y Leontias, que no podían pensar en contraer lazos matrimoniales.

Los varones más ilustres partían su gloria con las hetairas: Temistocles entra victorioso en Atenas acompañado de cuatro hetairas; Alejandro entrega sus trofeos á Thais; Praxiteles consagra su cincel á Frine; Sófocles pone sus laureles escénicos á los pies de Arquipa; Apeles elige por musa á Lais; Platón filosofa con Arqueanasa; Sócrates con Diotima.

Diotima era una hetaira que cristalizó el fango de los placeres impuros, convirtiendo en crisálida la oruga del amor y después en mariposa, Diotima no fué la Venus de la voluptuosidad, sino la Psiquis de las pasiones.

La hetaira en Grecia y la bayadera en la India tuvieron gran preponderancia por su cultura intelectual: la hetaira fué proclamada musa de la civilización; la bayadera, ápsada paradisiaca.

Si estas mujeres casi abyectas prevalecieron tanto, ¡cuántos triunfos podrá alcanzar la mujer adornada de todas las virtudes cristianas si cultiva su talento!

Grandes los obtuvo Doña María de Molina, esposa honrada, tierna madre, inteligente reina, dama devota sin fanatismo é ilustrada sin vanidad. En vida fué muy amada de sus súbditos, y á su muerte se consideró huérfana la patria. La tumba de esta inolvidable reina se halla en Valladolid, en la iglesia de las Huelgas: es de mármol blanco con estatua yacente. Los españoles y extranjeros la visitan con el mayor respeto rindiendo á la memoria de Doña María el homenaje de la más entusiasta admiración.

CAPÍTULO XIII

La madre de los Gracos y la madre de Nerón

(CONTRASTE)

I

¡CORNELIA! ¡Agripina! ¡Cuán diferentes ideas despiertan estos dos nombres! Cornelia es la mujer digna, noble, austera, inspiradora de grandes virtudes, una de las mejores madres que brillaron en la antigüedad. Cornelia es la madre de los Gracos, y esto sólo hace su apología.

Agripina es la mujer corrompida, incestuosa y vil, que desarrolló en su hijo Nerón los groseros instintos del más inmundo libertinaje.

Los Gracos tuvieron por maestros á su madre y á dos grandes filósofos estoicos elegidos por ella.

Tiberio y Cayo Graco, dignos hijos de Cornelia, fueron sabios y probos: ambos hermanos dieron excelentes ejemplos de virtud en su vida pública y privada; ambos hermanos han sido admirados hasta por sus enemigos políticos.

Hase acusado á Cornelia de ambición; pero la mayor parte de los historiadores refutan acusación tan injusta. No podía ser ambiciosa la mujer que jamás usaba joyas y que respondía á sus amigas cuando éstas le preguntaban; ¿por qué no se adornaba? *Yo me adorno con la gloria de mis hijos.* Sabido es que los Gracos fueron muy desinteresados y que murieron sumidos en la mayor pobreza.

Cicerón afirma que en la elocuencia de los Gracos encuentra algo de la elocuencia de Cornelia.

«La vida de los Gracos fué pura, su muerte heróica.» Bella y merecida frase estampada por uno de sus biógrafos.

Cornelia influyó mucho en todos los grandes actos de sus hijos. Sabido es que el valiente Tiberio Graco se distinguió por su valor en Africa, subiendo el primero á las murallas de una ciudad enemiga. Más tarde fué á España con el Cónsul Mancino y obtuvo de los numantinos un tratado que no querían conceder á dicho Cónsul. Cuando

Tiberio Graco regresó á Roma encontró al pueblo sumido en la ociosidad, el abandono y la miseria, á millones de esclavos intentando romper sus cadenas. En vista de tal conflicto promulgó una ley agraria por la cual se habían de repartir entre los pobres las tierras que pertenecían al Estado y que habían usurpado los poderosos. Cornelia fué quien más le incitó á que promulgase tal ley. Llegado el día de los comicios, Tiberio subió á la tribuna, y dirigiéndose á los ricos les dijo con acento firme y esforzado:

«Ceded algo de vuestras riquezas, si no queréis que un día os las arrebaten todas. Las fieras tienen sus guaridas, y los que derraman su sangre por la causa romana, no tienen más que el aire que respiran. Sin techo, sin morada fija, andan errantes con sus mujeres y sus hijos. Los generales engañan cuando les exhortan á combatir por los templos de los dioses y por las tumbas de sus padres. De tantos romanos ¿hay uno siquiera que tenga una tumba, un altar doméstico? Ellos no combaten, no mueren más que para alimentar el lujo y la opulencia de unos cuantos. Se les llama los señores del mundo, y no tienen derecho á un pedazo de tierra!»

La antigüedad conservó las cartas de Cornelia

como modelo de elocuencia; el mismo Cicerón les dió gran importancia. En dichas cartas brilla el buen juicio de Cornelia, sus generosos sentimientos y la rectitud de sus apreciaciones, por lo cual siempre se distinguió. Manifiesta á su hijo Cayo que no debe vengarse de los asesinos de su hermano, ni buscar la victoria en la injusticia, ni pasar la línea de sus derechos y deberes.

En una ocasión le dijo: «Sacrifica tu anhelo de venganza, private del placer de ensañarte contra los enemigos de tu hermano en obsequio á la tranquilidad de la República: la patria es antes que todo.»

Cuando Cayo fué tribuno manifestó que desistía de la idea de vengar á su hermano, por la dulce influencia de su buena madre.

Esta madre desgraciada, que vió perecer á sus dos hijos en manos de asesinos, pudo calmar su amargura con los gloriosos aunque tardíos honores que les fueron tributados. Roma se arrepintió de su injusticia con ellos, y les alzó estatuas y altares expiatorios, tributándoles toda clase de homenajes.

Cornelia fué respetada siempre por su abnegación cívica y maternal. Con dolor sereno y tranquilo refería á cuantos querían escucharla los he-

roismos de sus dos hijos, víctimas de una reforma política y social.

Cuando Cornelia vió los suntuosos monumentos alzados en los lugares donde sus hijos fueron asesinados, exclamó:

Tiberio y Cayo tienen la tumba que merecen.

II

De madres envilecidas nacen generalmente hombres abyectos: así acontece con Agripina, madre de Nerón. En el imperio de Nerón vemos eclipsarse la grandeza del pueblo romano, el más sabio, el más político, el más guerrero de cuantos encierra la historia antigua. Todo el imperio romano, con muy raras excepciones, nos presenta la época más corrompida del género humano, la época de mayor descomposición social. Plutarco nos describe el pavoroso cuadro que presentaba el imperio romano con estas palabras: «En casi todas las familias hay ejemplos de madres, esposas, hijos vilmente asesinados; son innumerables los fratricidios, y es axioma demostrado que un rey debe matar á su hermano en beneficio de su propia seguridad.»

¡Terrible cuadro que nos explica la causa del desastroso fin que tuvo la soberbia Roma!

Los pueblos que no practican la virtud, los pueblos que desconocen la moral, caminan hacia su ruina: todo el poder de las armas sucumbe ante el poder de la Justicia Divina.

Si la historia, espejo fiel de las pasadas generaciones, no nos hubiese legado las grandezas de la República Romana, los horrores de la Roma Imperial nos hubieran hecho odiar al pueblo que un tiempo fué grande, y hubiese desaparecido para siempre de nuestra memoria, quedando sepultado en su propio fango. El pudor, base esencial de toda sociedad moral, faltó en la época del Imperio, y ¿cómo no había de faltar con aquellas desenfrenadas costumbres? Las matronas, los niños, los ancianos, los jóvenes y las doncellas se bañaban todos confundidos, la ciudad y las casas estaban adornadas con figuras impúdicas. Las madres conducian á sus hijas á los indecorosos bailes de las Lupercales, ó á las danzas de Flora, ó á los teatros donde se representaban á lo vivo escenas de embriaguez y de adulterio. A los puros goces del lazo matrimonial eran preferidos los groseros placeres de un celibato licencioso. Espantoso fué el Imperio en Roma. Tácito nos muestra á las mu-

jeres de su época descendiendo á la arena con los gladiadores, traficando con el amor ó embrutecidas con los esclavos.

La época de Agripina ha sido una de las más escandalosas que nos recuerda la historia. Agripina sucedió en el tálamo imperial á la renombrada Mesalina, y pareció heredar todo el desenfreno de su predecesora.

Agripina era hermosa, hallábase dotada de belleza escultural, era elegante, sagaz, astuta, enérgica y dominadora; con su ambición y con sus atrevidos y calculados ardides consiguió que Claudio postergara á su hijo Británico, con objeto de entronizar á Nerón. No le movía su amor maternal para usurpar el trono á Británico en beneficio de su hijo Nerón, la impulsaba su sed de mando, su carácter dominador. Tras mil intrigas bien tramadas, consiguió ver á su hijo en el solio, y respiró tranquila creyendo que podría gobernar el mundo anulándole. Hastiado éste de las exigencias é imposiciones de su madre, intentó alejarla de su lado; pero ella le amenazó diciéndole que haría valer los derechos de Británico.

Irritado Nerón con tal amenaza, y no sintiendo ningún amor hacia su madre, pues ésta no se lo supo inspirar, resolvió deshacerse de ella. Tres ve-

ces intentó envenenarla, sin poderlo conseguir. Viendo Agripina que no inspiraba á su hijo amor filial, quiso fascinarle con sus atractivos de mujer; no sabiendo hablarle al alma, quiso hablarle á los sentidos. Presentóse en una orgía donde se hallaba su hijo, de un modo muy lascivo, intentó corromperle más de lo que estaba; pero llegó á tiempo Séneca y lo evitó.

Nerón, firme en la idea de matar á su madre, la invitó á los juegos de Bahía, á los que asistió en un bajel que debía sumergirse; pero Agripina se salvó á nado. No habiendo tenido éxito las diferentes maquinaciones empleadas contra la vida de su madre, decidió hacerla asesinar. Cuando uno de los asesinos se acercó á ella para matarla, Agripina le dijo: *ventrem féris*. Es decir, *hiere en el vientre que ha llevado á Nerón*. Quizá pensó Agripina desarmar á su asesino con tal frase, quizá fué una exclamación de amarga y dolorosa ironía con la que se acusaba á sí misma por haber dado la vida á un mónstruo, quizá sentía en aquellos momentos no haberlo estrangulado en vez de darle un trono.

III

Agripina transmitió á su hijo todas sus malas pasiones. Una de las primeras y más horribles persecuciones que sufrieron los cristianos provino de las calumnias de Nerón contra ellos. Agripina siempre los aborreció.

El alma deAgripina fué un insondable abismo de crímenes, el alma de Cornelia un dechado de virtudes. De tales madres tales hijos.

El niño mimado á quien la casualidad dió el mundo por juguete, según frase de un ilustre escritor, fué tan malvado como la mujer que recibió de la naturaleza, cual arma ofensiva, tentadora belleza, manantial en ella de inmunda obscenidad.

La madre de los Gracos, esa gran mujer que rehusó la corona de Egipto, desairando nada menos que á un Ptolemeo, por conservar su casta viudez y consagrarse á sus hijos, recibió el premio de su amor maternal con la gloria de éstos, que ha iluminado su frente con aureola de inmortalidad.

Todas las buenas madres bendecirán la memoria de Cornelia y execrarán el recuerdo de Agripina.

CAPÍTULO XIV

La madre de Lord Byron y la madre de Lamartine

I

Los efectos de la influencia maternal, podrán apreciarse debidamente en este paralelo, haciendo resaltar el gran contraste que se advierte entre los caracteres de dos grandes hombres, nacidos en la misma época y educados de diferente modo por sus madres.

Lord Byron y Lamartine son coetáneos, y éste en Francia y aquél en Inglaterra, los más eminentes poetas líricos en los albores del afortunado siglo XIX.

Ambos pertenecieron á familias aristocráticas,

pero ¡cuán diferentes son en sus gustos, en sus aspiraciones y en sus costumbres! ¡Qué divergencia existe entre el carácter del autor de *Jocelin* y del autor de *Childe Harold!* ¡Cuán inconmensurable la distancia que les separa en la esfera literaria y moral! Byron es el cantor del libertinaje; Lamartine el cantor de la virtud. Lamartine nos describe los afectos dulces, tiernos y tranquilos; Byron las pasiones ardientes, tumultuosas, desbordadas. Lamartine es pudoroso como una virgen; Byron cínico como una bacante: se ruboriza más de su cojera que de mostrar las llagas de su alma.

El genio de Byron es hermoso, pero tiene la hermosura de Luzbel; el genio de Lamartine está dotado de una belleza seráfica.

El rayo de inspiración que ilumina al poeta francés proviene del alma; el estro esplendente que fulgura en el cerebro del poeta británico tiene su foco en los sentidos.

¿En qué consiste tal diferencia de numen y de corazón? En que Lamartine debe á la naturaleza el inefable don de haber tenido una madre piadosa y tierna, y Byron la incomparable desgracia de ser hijo de una mujer rígida, adusta y fría.

Lamartine respiró en su hogar la cálida atmós-

fera del sentimiento; Byron la helada atmósfera del desamor.

No lo dudéis; la madre nos imprime el sello de su carácter: el padre podrá vigorizar nuestro entendimiento; pero sólo la madre fecundiza nuestro espíritu. Las pasiones de nuestra madre forman nuestra naturaleza, sus ideas nuestro criterio, sus sentimientos nuestro corazón, sus deseos nuestras aspiraciones.

La madre nos indica en la vida el itinerario que debemos seguir; ella va constantemente de vanguardia, se halla siempre en las avanzadas; es la brújula que nos marca el derrotero, la rosa náutica que guía nuestro bajel, la estrella polar, el faro, la Ariadna que nos entrega el hilo misterioso para que no nos extraviemos en el dédalo de la vida.

El amor maternal es el más profundo de todos los sentimientos y el más grande porque carece de egoísmo; el único afecto que puede desafiar á los sucesos prósperos ó adversos, á la ausencia, al olvido, al tiempo y á la muerte. Ilimitado é infinito, el amor maternal es como el alma inmortal y como el alma de esencia divina. Por eso el amor maternal tiene sus acertados presentimientos, sus profecías, sus adivinaciones. Como todo senti-

miento grande, aunque nazca en la tierra se eleva tanto y tanto, que llega con sus efluvios hasta el cielo.

El hombre necesita en su infancia el amor de una madre, como necesita en su juventud el amor casto de una mujer buena que le libre de las corrupciones del vicio.

La influencia de la madre se deja sentir siempre: todos los hombres pensadores creen en ella. Recuerdo haber oido referir que los directores de una gran compañía especulativa, antes de recibir á un dependiente y tomarle á su cargo, se informaban del caráter y costumbres de su madre.

Madame de Maintenon, que no recibió caricias maternales y que nunca fué madre, adivinó sin embargo la influencia de ésta en la sociedad y quiso fundar una escuela donde se educaran á las mujeres para madres. Esa dama fría, de aspecto pedagógico, más calculadora y analítica que sentimental, más razonadora que sensible, tuvo, sin embargo, el instinto de crear en Saint Cyr una gran institución para instruir á las jóvenes en los deberes relativos á la alta y sagrada misión que deben desempeñar y les está confiada por la naturaleza. Las educandas que más brillaban adquirían como título de recompensa un diploma en el

que eran denominadas *Madres precoces*. El título de madre precoz considerábase el mejor laurel, la más hermosa aureola.

Las mujeres, según ha dicho un escritor español de nuestros días, son algo más que los ángeles porque son madres. Empero debo manifestar que la influencia maternal puede ser benéfica ó nociva, fatal ó provechosa. Infausta fué esa influencia para Gibbon, Mirabeau, Voltaire, Arouet y Volney: al estudiar la vida privada de esos grandes hombres hállase en ellos la aridez, la sequedad moral del corazón de sus madres.

Saludable fué la influencia maternal para Duclos, Sismondi, Chener y Capel, el cual, al morir su madre, no sólo la llora á ella, sino la pérdida de su inspiración y su valor, que se llevó tras sí. Buckle cree encontrar en el amor de su madre la fuente de su inspiración, como Mad. de Sevigné la encuentra en el amor hacia su hija.

Kant afirma que cuantos méritos y cualidades posee, los debe á su madre.

Bosquet le consulta todos sus pensamientos y le pide su consejo antes de resolver algo, seguro de que así obrará mejor.

Bernard nos manifiesta que sólo vive para ella, y que sin ella no quiere honores ni riquezas.

Byron tiene que lanzarse en medio de todas las tempestades del mundo para huir de las borrascas de su hogar, de la dureza de su madre. Estudiemos á lady Byron, á esa mujer altanera que no supo amar á su hijo ni hacerse amar de su marido.

II

Catalina Gordon, madre de lord Byron, fué al altar llena de amor; pero su marido no la llevó al templo movido por el mismo sentimiento. El marido de Catalina Gordon no vió en ella más que su dote, la adquisición de una fortuna que en dos años derrochó. Al empezar á sentir los dolores de la penuria, Catalina no supo hacerse superior á ellos, se irritó y, en vez de atraerse á su marido, se granjeó su antipatía. Era honrada, modelo de fidelidad conyugal; pero muy despótica y altanera; carecía de las virtudes amables que necesita una mujer para hacer grata su compañía, de aquellas modestas virtudes más necesarias en la vida íntima que los grandes heroismos. A una mujer de virtudes austeras se la admira; á una

mujer de virtudes amables se la ama, y en el amor hay más grados de calor moral que en la admiración.

La pérdida de los intereses fomentó fuertes colisiones en el hogar de Byron, porque la decadencia de una familia ilustre es cien veces más terrible que la miseria del indigente. Las necesidades que impone el triste privilegio de pertenecer á una alta clase y los sacrificios de todo género que tienen que hacerse para sostener la dignidad del rango, se pagan con acerbos sufrimientos, para los cuales no hay compensación.

Las batallas del turbulento hogar de Byron se hicieron cada vez más reñidas, y el marido de Catalina, no pudiendo soportarlas, abandonó su hogar.

La exasperación de lady Byron creció al verse herida en su corazón y en su amor propio, y se hizo más brusca para el hijo del que la abandonaba, el cual se convertía con su presencia en mudo testimonio de un amor no correspondido y de una desventura harto difícil de soportarse.

Byron, como dice uno de sus biógrafos, fué engendrado en el dolor; para nacer *tuvo que ser arrancado á las entrañas de su madre*. Parecía tener, más que miedo, horror á la vida; parecían es-

pantarle los seres humanos cual feroces alimañas, batíase en rebeldía por no querer formar parte de la familia universal que habita este planeta. Obligáronle á entrar violentamente en el mundo, y por eso odió más que amó. Su llegada á la vida se anunció con un fuerte vagido, cuyo eco no se extinguió jamás, con un vagido tan eterno como glorioso.

Todos los niños son arrullados por sus madres con tiernos acentos; Jorge Byron no oyó más que sollozos.

La sonrisa de la madre es la primera impresión grata que penetra en nuestra retina.

Byon solo contempló un semblante sombrío, un adusto ceño. Como aprendió desde la infancia á llorar, ya nunca supo reir. En sus sarcásticas carcajadas hay más amargura que en un raudal de llanto. No ha conocido la alegría, porque las dulces alegrías solo se encuentran en los goces legítimos; el aturdimiento inebriativo que proporcionan los placeres sensuales, las fáciles conquistas y los vicios, dejan un recuerdo de vergüenza en la mente, un espantoso vacío en el corazón y una gran saciedad en el alma.

Byron pasa con gran rapidez de la frenética alucinación de la orgía al anhelo del suicidio: todo

en él es poco acentuado, vago, misterioso; su alma es un croquis, un boceto, que se dibuja débilmente entre las densas nubes de un crepúsculo de invierno.

En toda pasión fué víctima y verdugo al mismo tiempo: una extraña fatalidad pesaba sobre él y sobre cuantos seres amó. Tenía temporadas en las cuales era muy misántropo: miraba con desprecio á la humanidad, porque, preocupado con la idea de que todos se burlaban de su cojera, quería anticiparles como pago de las burlas su desprecio.

Habíale dicho irónicamente su madre que no podría escalar la tribuna sin tambalearse, que no subiría á ella con firmeza y majestad, sino oscilando, como la débil llama de una bujía, lo cual perjudicaba á su dignidad de par. La mordacidad de su madre le hizo acre el carácter, y nunca se cicatrizaron las cruentas heridas que ésta le infirió con el afilado puñal del sarcasmo.

Madre é hijo fueron á vivir al campo, y Byron, buscando la soledad de los bosques y paisajes más agrestes, se hizo todavía más áspero en medio de una naturaleza selvática: aprendió á trepar por las montañas como las cabras, ya que su cojera no le permitía bailar en los salones con las mujeres que le agradaban.

Mientras permaneció en el campo, debió recoger en su alma el bramido de las olas, el rugido de las tempestades y el estruendo de las cataratas para repercutirlos en sus obras con grandilocuente armonía. Entregóse á ejercicios violentos, la natación, la caza, después los viajes; pero nada satisfacía sus deseos: en todo encontró desencanto. Buscó en los paises más privilegiados las bellezas del arte y las de la naturaleza, sin hallar nunca el ideal que acariciaba su prodigiosa fantasía.

La superioridad de su genio le hacía muy desgraciado: sin explicárselo sentía el peso abrumador de su grandeza. Esta superioridad le alejaba muchas veces de los demás seres, y al encontrarse aislado, se revolcaba su pensamiento en abismos insondables.

Byron es el poeta de la desesperación; hay en su genio un imán que atrae hacia sí todos los rayos y centellas. Si el genio de Byron no hubiese encontrado tempestades en la vida, las hubiera forjado para cantarlas.

Byron es original en su genialidad satírica y melancólica; se le censura el ser demasiado personal: realmente su egoismo de escritor no tiene límites. Abrigó un alma exaltadísima, impetuosa, una de las almas más ardientes y fogosas que tal

vez se hayan conocido; de suerte que alma y genio fueron en él una misma cosa, ó bien consecuencia el uno de la otra. Hay en su estilo anomalías como en su carácter: su espíritu está formado de antítesis, es un antípoda de sí mismo. Lejos de tener la frialdad británica, parece un hombre del Mediodía; sus emociones son fugaces, pero dejan en él surcos de fuego.

Es un poeta completamente subjetivo, sus sentimientos impetuosos y salvajes, se desencadenan como el huracán. Byron ha cometido un grave pecado literario, ha vaciado sobre su siglo el veneno que se desbordaba en su alma; y como su genio tiene gran atracción, la mayor parte de los seres que viven la vida de la inteligencia han bebido ese tósigo infernal.

Sus blasfemias son peligrosas porque tienen gran resonancia, y la tienen no porque son estridentes sino porque son bellas. Para Byron la vida es un sarcasmo sin causa, una perversa ironía, es el aliento del mal.

Su espíritu se asemeja al de Voltaire: cuando quieren cantar lanzan imprecaciones.

¿Queréis conocer al autor de *Manfredo*, de la *Prometida*, de *Abidos de Lara*, del *Corsario*, de *Parisina*, del *Sitio de Corinto*, de *Beppo y Maze-*

pa? Buscadle en su poema *Childe-Harold*, ó en su epopeya *Don Juan*, que es su obra maestra.

En resumen, el genio de lord Byron carece de la ternura que faltaba al alma de su madre.

Esbocemos á grandes rasgos la fisonomía moral de la madre de Lamartine, y nos complaceremos encontrando en ella rasgos característicos de la inspiración de su hijo.

III

Nació devota; pero su piedad no era una piedad ignorante y supersticiosa, fué una piedad ilustrada. Enseñó á sus hijos á orar con oraciones que no eran rutinarias, que no eran palabras pronunciadas inconscientemente: sabía elevar su alma á Dios en alas de una plegaria. Quemaba incienso en medio del mundo, haciendo que solo exhalara su aroma hacia el Creador.

A pesar de haber nacido en el palacio de Saint Cloud, no penetró en ella la ligereza y frivolidad que se respira en las perfumadas atmósferas palaciegas. Estaba dotada de grandes condiciones

para la meditación, y al hallarse rodeada de seres superficiales no participó del bullicio y aturdimiento general; sumergíase en su habitual recogimiento cumpliendo al mismo tiempo aparentemente, con gran exactitud, las fórmulas de la más rigurosa etiqueta.

A nadie quiso fiar la educación de sus hijos; se encerraba en su hogar y les daba lección muchas veces en presencia de los criados, para enseñarles la modestia y humildad.

Hallábase su inteligencia bastante cultivada, pues en su juventud había tratado en los salones de su madre personas muy eminentes, contándose entre ellas, Duclois, D'Alembert, madame de Genlis, Voltaire, Rousseau, Buffon, Florian, Grimm, Morellet, Neker y Gibbon.

Las diferentes ideas religiosas de estos hombres no influyeron en ella: la piedad estaba tan arraigada en su alma que podía sufrir como el roble la sacudida de los vientos sin desgajarse.

Cuando la adversidad destruyó la dicha de su hogar ella supo transmitir á sus hijos el valor y la resignación. Al hallarse preso su marido en la época del terror, alquiló un granero para contemplar desde allí el tejado que cubría la prisión del ama-

do cautivo. Y como el telescopio del amor acerca todas las distancias, pronto ingeniosos telégrafos movidos por la electricidad del corazón hicieron transparentes aquellos impenetrables muros.

La madre de Lamartine poseía un alma serena y límpida, que nada pudo enturbiar, un corazón sensible y un elevado criterio. Alimentó á su hijo en la idea del deber, de la justicia y de la verdad, y este amor al bien, inculcado por su madre, le inspiró siempre en diferentes formas la apoteosis de la virtud.

¡Cuán discreta y tierna aparece esta admirable mujer diciendo á su adorado Alfonso: *No quieras ser grande, sino bueno.*

El autor de las *Confidencias* practica al escribirlas una antigua costumbre de la que le dió el sér. Madame de Lamartine escribió el diario de su vida sin pretensión ninguna; no lo destinaba á la publicidad. Aquel diario era el espejo donde se contemplaba su alma para engalanarse cada día con nuevas virtudes: vivió siempre corrigiéndose, perfeccionándose.

Su diario es su fiel trasunto: se pinta con tal verdad, con tal sencillez, con tan admirable candor, que sus hijos la reconocen al hojear las primeras páginas de ese manuscrito íntimo, que más

tarde publicó Lamartine, titulándolo *Manuscrito de mi Madre.*

En el mencionado diario da más importancia que á los asuntos de la época, á sus sentimientos maternales y á sus deberes domésticos. Son impresiones para la familia, mas expresadas tan galanamente y acompañadas de tan profundas observaciones y tan altos pensamientos, que cautivan la atención general.

Todas aquellas hojas autógrafas están esmaltadas constantemente con los nombres de sus hijos.

Esta admirable madre fué amada por Lamartine como merecía serlo. ¡Cuántas veces se desprendió de una joya para satisfacer un capricho de Alfonso! Cuando se hallaba moribunda, le comunicaron que éste acababa de ser nombrado académico en París y ministro en Grecia: la fuerte y grata emoción que le produjo tal noticia, tuvo el poder de prolongar su existencia algunos dias. Así lo afirma uno de sus médicos.

IV

Lamartine es el poeta del sentimiento, el poeta de las mujeres. Diferentes escuelas literarias y

do cautivo. Y como el telescopio del amor acerca todas las distancias, pronto ingeniosos telégrafos movidos por la electricidad del corazón hicieron transparentes aquellos impenetrables muros.

La madre de Lamartine poseía un alma serena y límpida, que nada pudo enturbiar, un corazón sensible y un elevado criterio. Alimentó á su hijo en la idea del deber, de la justicia y de la verdad, y este amor al bien, inculcado por su madre, le inspiró siempre en diferentes formas la apoteosis de la virtud.

¡Cuán discreta y tierna aparece esta admirable mujer diciendo á su adorado Alfonso: *No quieras ser grande, sino bueno.*

El autor de las *Confidencias* practica al escribirlas una antigua costumbre de la que le dió el sér. Madame de Lamartine escribió el diario de su vida sin pretensión ninguna; no lo destinaba á la publicidad. Aquel diario era el espejo donde se contemplaba su alma para engalanarse cada día con nuevas virtudes: vivió siempre corrigiéndose, perfeccionándose.

Su diario es su fiel trasunto: se pinta con tal verdad, con tal sencillez, con tan admirable candor, que sus hijos la reconocen al hojear las primeras páginas de ese manuscrito íntimo, que más

tarde publicó Lamartine, titulándolo *Manuscrito de mi Madre.*

En el mencionado diario da más importancia que á los asuntos de la época, á sus sentimientos maternales y á sus deberes domésticos. Son impresiones para la familia, mas expresadas tan galanamente y acompañadas de tan profundas observaciones y tan altos pensamientos, que cautivan la atención general.

Todas aquellas hojas autógrafas están esmaltadas constantemente con los nombres de sus hijos.

Esta admirable madre fué amada por Lamartine como merecia serlo. ¡Cuántas veces se desprendió de una joya para satisfacer un capricho de Alfonso! Cuando se hallaba moribunda, le comunicaron que éste acababa de ser nombrado académico en París y ministro en Grecia: la fuerte y grata emoción que le produjo tal noticia, tuvo el poder de prolongar su existencia algunos dias. Así lo afirma uno de sus médicos.

IV

Lamartine es el poeta del sentimiento, el poeta de las mujeres. Diferentes escuelas literarias y

caprichos de la moda podrán relegarle temporalmente al olvido, desdeñándole sistemáticamente; pero como el buen gusto es siempre uno, pasado el vértigo de sus detractores, Lamartine prevalecerá. Mientras haya almas tiernas, mientras palpiten los corazones inflamados en el amor al bien, tendrá partidarios el poeta de las nobles pasiones y de los castos amores.

Los enemigos de la gloria lamartiniana acusan al poeta de las *Meditaciones* y las *Armonías*, de tener alma femenina, mas con esa acusación demuestran tácitamente que sólo las mujeres saben sentir.

Estudiad la *Historia de los girondinos*, y os sentiréis fascinados por la magia de un talento vigoroso. El tierno poeta que ha recorrido cual nadie todos los tonos del sentimiento, sabe escalar las cumbres de la razón: seguid su potente vuelo y le veréis remontarse á las esferas del filósofo, del estadista, del analítico y del sabio.

Lamartine posee todos los talentos: para que nada falte á su glorioso nombre, también se halla circundado con la gloria del orador. El 25 de Febrero de 1848, lanzóse en medio de una multitud amenazadora que quería enarbolar la bandera roja, y con persuasivas razones logró restablecer la

calma en los ánimos más exacerbados. A su elocuente palabra se debió también la abolición de la pena de muerte por delitos políticos.

El estilo de Lamartine es noble y delicado, su generosa inspiración encuentra consuelos para todos nuestros dolores, su exuberante fantasía nos oculta las groseras realidades de la vida, cubriéndolas con manto de odoríferas flores.

La moderna escuela literaria podrá reprobar el romanticismo de Lamartine; pero las almas ardientes y sentimentales, las almas exaltadas por el amor, se entusiasmarán con sus doctrinas poéticas, porque en toda alma apasionada y entusiasta se oculta siempre un gran fondo de romanticismo.

La belleza es eterna: todos los seres dotados de sentido estético, experimentan dulces impresiones recorriendo las hermosas páginas de Lamartine.

En los altares de la gloria lamartiniana no se apagará nunca el sacro fuego del entusiasmo, porque en cada mujer tendrá Lamartine una vestal encargada de guardarlo.

V

La madre de Lamartine es como el genio de su hijo, brisa embriagadora. La madre de lord Byron es como la musa de éste, aquilón devastador. La madre del poeta sajón es rayo, catarata, torrente, alud, noche tenebrosa. La del cantor de las alegrías del hogar, es un ánfora de prodigioso bálsamo que se esparce y se derrama sobre las almas enfermas.

La madre de los descendientes de los normandos, es un vaso de veneno que se vierte por sí mismo sobre los corazones sanos para corromperlos; es un áspid que no puede morder sin causar la muerte.

Esas dos madres son el ángel de la luz y el espíritu de las tinieblas; el gusano y la flor; la paloma y la hiena; la mariposa y el buho; el reptil y el ruiseñor; la negra tempestad y el brillante arco iris.

¡Olvido eterno á la madre del poeta de la duda y la desesperación, por haber emponzoñado su

alma; olvido eterno á la madre del poeta de los grandes hastíos y los grandes excepticismos, que deja por doquier un reguero de acíbar!

¡Mil bendiciones á la madre del poeta que convierte los recuerdos en una religión; á la madre del cantor de la esperanza, de las ilusiones y de la inocencia; del poeta que nos enseña á creer y amar, que deja en nuestro corazón luminosa estela de felicidad suprema!

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE EL LIBRO

Capítulos	*Páginas*
Biografía	7
Prólogo	15
I.—La madre de Chateaubriand	21
II.—La madre de Constantino	39
III.—La madre de Rafael	53
IV.—La madre de San Fernando	63
V.—La madre de Coriolano	71
VI. La madre del Rey de Portugal	87
VII.—La madre de Washington	101
VIII.—La madre de Napoleón	117
IX. - La madre de Schiller y la madre de Goethe	127
X.—La madre de San Luis	135
XI.—La madre de Pietro Cossa	143
XII.—La madre de Fernando el Emplazado	153
XIII. - La madre de los Gracos y la madre de Nerón.	175
XIV.—La madre de Lord Byron y la madre de Lamartine	183